

EMANCIPACIÓN DEL PROLETARIADO

La condición del proletariado ha dejado de ser vergonzante para constituirse en dignidad social. Pero, en la sobreestimación de tal condición, se ha llegado a un extremo vicioso, como el de hablar de un arte proletario, y a exaltarlo, como ocurre en Rusia, de un modo tan arbitrario como los caracteres arios por el nacionismo alemán. Proletariado era, en la antigua Roma, el que sólo podía ofrecer al Estado su prole. En el régimen capitalista, lo es el que carece de otros bienes que su persona, y el derecho a vivir lo ha de adquirir, por consiguiente, vendiendo por un salario su capacidad de trabajo. Esta definición no es lo bastante precisa para expresar lo que entendemos hoy por proletariado al hablar de sus aspiraciones y de su tendencia emancipadora. Por lo mismo que hay proletarios sin conciencia y sin dignidad de clase, distinguimos a éstos, no por el trabajo muscular que realizan, pues hay quien desempeña funciones sedentarias, ni por la utilidad social de este trabajo, que tampoco sirve para calificarse, ni por la cuantía del salario, sino, principalmente, por la conciencia de pertenecer a una clase injustamente despojada y por la dignidad para no desempeñar funciones contrarias a su interés de clase. Quien sirve al Estado en sus cuerpos represivos, o sirve al capital, defendiendo su interés frente al de sus hermanos de clase, no merece ese nombre, puesto que ha renunciado a defenderlo y a honrarlo.

El proletariado organizado en colectividades de defensa contra la explotación, y de ataque contra la sociedad que legaliza la injusticia que pesa sobre su clase, selecciona los proletarios, según normas morales propias. Ante todo, merece la condición de proletario el que en la lucha de cla-

ses toma parte, como beligerante, en contra del capitalismo.

Aunque el trabajo secular acentúe la condición de proletario y merezcan respeto los callos de las manos, no puede interpretarse como signo de superioridad, porque la nobleza del trabajo no depende de su brutalidad, sino de la inteligencia con que se le aplique. El «stajanovismo» (Stajanov es un obrero ruso que llegó a extraer por sí mismo más de doscientas toneladas de carbón en una jornada de seis horas) puede tener interés como campeonato atlético o como las competiciones vascas de barreneros y leñadores, pero no pasa de ser una brutalidad. Tiene más utilidad social la invención de la corredera mecánica por el obrero inglés que quería tener tiempo para fumar una pipa.

Lo que prestigia al proletariado no es simplemente el ser desposeído, pues ello es un accidente extraño al individuo, una simple cuestión de suerte. Ni la clase de trabajo muscular o mental, sedentario o activo, ni la utilidad social de ese trabajo, ni la suerte de explotación capitalista que se sufra; sino, ante todo, la dignidad con que se cumpla en él, y con que se sucumba a la explotación y, sobre todo, la conciencia de clase preterida y la voluntad manumisora. Es decir, importa la dignidad humana, la personalidad consciente antes que la condición de proletario. Hay quien es explotado porque no pudo ser explotador, quien siendo proletario es un burgués frustrado.

Proletario es antítesis de burgués, pero también de político, esa otra forma de parasitismo social, de vivir a costa de los demás por el engaño y la astucia. No puede ser aspiración del proletario la emancipación del trabajo, ni por la propiedad, ni por la política, ni por la superioridad mental, sino la emancipación de la explotación del mismo, hágase por medio del capital y la política, como en las sociedades burguesas, o por la política solamente, como en la patria del proletariado.

El proletario merecedor de tal nombre sólo debe aspirar a dejar de serlo en cuanto criador de prole para el Estado y en cuanto alquilador de trabajo para lujo de los parásitos. Su emancipación de clase tiene que serlo de condición, recuperando su personalidad de hombre entre los demás hombres, su papel de productor entre los productores, de

miembro activo en la comunidad, y de individuo libre en una sociedad de esclavos.

Una sociedad no puede exaltar la dignidad y la condición del proletariado más que de un modo: suprimiéndolo; restituyéndole su categoría humana.

Solidaridad Obrera. Barcelona, 10 de junio de 1936

AUTORIDAD Y REBELDÍA

La rebeldía, el estallido violento del oprimido, no puede ser ahogada nunca. Pero de ningún modo con un exceso de opresión. Es decir, con un exceso de autoridad. Han existido rebeldes dentro de los regímenes más tiránicos. La rebeldía ha sido la fuerza revolucionaria que ha hecho evolucionar a las sociedades, la que les ha dado el poder a los que hoy lo detentan. Ellos han olvidado ya que los excesos represivos de la Monarquía no obstaculizaban el progreso de las ideas republicanas, sino que lo favorecían. La rebeldía nunca será ahogada por un exceso de autoridad, sino al contrario. A la rebeldía sólo se la puede combatir, si es que debe ser combatida, haciéndole concesiones, dándole carta de naturaleza y derecho a manifestarse.

Los gobernantes actuales, esclavos del polvo del ambiente y del espíritu que flota en los caserones ministeriales, prisioneros del Poder igual que polichinelas, han olvidado por completo las pocas ideas claras que les nacieron cuando fueron rebeldes. Y, persistiendo en la contumaz torpeza de todos los gobernantes, pretenden ahogar las rebeldías, desarrigarlas de las mentes inconformes, de los estómagos insatisfechos, de las dignidades pisoteadas y de los corazones nobles, redoblando la autoridad, extremando el exceso de poder, soliviantando al vencido con el rigor del castigo.

Si la deportación del «Buenos Aires» hizo doblar el número de los «bandidos can carnet» y que se repita con mayores proporciones la gesta del Llobregat, la represión de ahora, que tan cruelmente se auspicia en Casas Viejas, no concediendo cuartel a los vencidos y maltratando en los calabozos de la Jefatura de Barcelona, hará multiplicarse

a los extremistas y encenderá la rebeldía hasta hacerla estallar en toda la Península.

Si ha de ser consecuente con su proceder, si ha de mantener el prestigio de la autoridad, la República necesita más leyes de excepción que la de Defensa, ya desacreditada, pues ha tenido la virtud de reproducir en un año justo, pero centuplicada, una rebeldía que pretendió ahogar con la deportación del «Buenos Aires». Si ha de seguir reprimiendo con medidas de残酷idad autoritaria las rebeldías del proletariado, si ha de parar el paso a la revolución social con extremos represivos, puede empezar a preparar un presupuesto de ocho mil millones y encargar para cada ministro una tunica de tirano y un trono de déspota.

Los extremismos de la autoridad no sirven ya de remedio contra el extremismo de la rebeldía. Ni amilanán al rebelde, ni acobardan al revolucionario, ni calman los sufrimientos del hambriento, ni desarman al idealista. Antes al contrario: hacen perder toda fe en la República al pueblo productor, y nos hacen desechar con más ansias y apresurarnos en la marcha hacia el Comunismo libertario.

Este es el sino de la autoridad: oscilar entre el desprestigio de su debilidad y lo contraproducente de sus excesos.

C N T, Madrid, 19 de enero de 1933.

¡¡OH, LA CIENCIA!!

De la Ciencia se ha querido hacer una nueva deidad. Las loas y alabanzas que en otro tiempo se prodigaron al Altísimo, se dirigen hoy a la Ciencia todopoderosa por los que no saben pasarse sin adorar algo que esté por encima del hombre. Laten aún con fuerza en el hombre los instintos gregarios, en la tendencia a someterse a un poder superior, del que es complemento obligado la de poner los pies sobre otros inferiores. Jerarquía, sumisión, despotismo son las tres patas de la autoridad, la trinidad de la religión del Poder.

¡Qué empeño el de mirar hacia arriba o hacia abajo, siendo tan natural y sencillo mirar horizontalmente, sintiéndonos hermanos del hombre y solidarizándonos con él para el bienestar común!

¿Venerable la Ciencia? No. Venerable y execrable a la par. Como todas las conquistas de que el hombre puede envanecerse. Como las religiones y como las filosofías. Como el progreso y como todas las aspiraciones humanas. Según su tono moral. De acuerdo con el bien o con el dolor que causen, referido siempre este bien o este mal a la vida y a la sensibilidad, piedra de toque para conocerlos y valorarlos. Según para lo que se empleen.

No hay que admirar y preferir lo científico por el hecho de serlo, sino por el balance entre el placer y el dolor que produzca. Científica es la guerra, científicos son sus medios destructores, los gases asfixiantes, los venenos violentísimos, las radiaciones y microbios sembradores de muerte. Científico es el marxismo que invoca la dictadura rusa. Científica la falsificación de alimentos. Científica la explotación del trabajo humano.

El ingenio, la sabiduría, el talento, la inventiva no son admirables por sí mismos, sino por el uso y aplicación que se les dé. Sirven para explotar la ignorancia y para combatirla. Para montarse sobre los demás, y para elevar a los hundidos. Para ponerse al servicio de la causa de los humildes, y para esclavizarlos más, cuando sirven a los poderosos.

Es el dinero el que lo corrompe y prostituye todo. Al sabio, al técnico, al filósofo y al escritor, como a la mujer hermosa. Otro tanto hace el Poder, poniendo al servicio de la dominación del pueblo los inventos, la civilización y el progreso. En el actual régimen económico, en el que estos dos agentes de corrupción se alían para amparar la voracidad inmoral de los imperialismos capitalistas, se premia y protege sólo la domesticidad del individuo, tanto más servil cuanto mayor sea su valía.

Entre los hombres, unos aguzan su inteligencia para medrar a costa de los demás; otros para ver el modo de engañar al tonto que amanece todos los días. Son los menos los que lo hacen para procurar el bien de sus semejantes. Y esto en todos los sectores. En ciencia, como en política. Entre conservadores, como entre revolucionarios.

Para un invento que procura disminuir el sufrimiento humano, hay cien destinados a exterminar la humanidad. Para un hombre que se quema las pestañas buscando el modo de emancipar a sus hermanos, hay un centenar que se desvela por aprovechar en su propio beneficio el afán emancipador de los oprimidos.

Se admira al listo, o al que lo aparenta ser, gracias a su labia. Saber decir cuatro frases de corrido es la mejor base para triunfar, para ser caudillo, líder, jefe o ídolo de las masas agrupadas en rebaño. Nadie piensa que el listo puede ser un pillo redomado, un bribón de siete suelas. Por el contrario, considerar a uno bueno, equivale a tanto como llamarle tonto. Se estima al talento más que la bondad; la sabiduría más que el etismo (tono moral), siendo así que es el sentido moral que preside al saber el único elemento para valorarlo.

No siento el menor reparo en decir aquí esta herejía: es mil veces preferible el sentido propio de un ignorante, que la sabiduría puesta al servicio de la opresión.

El saber es como una lente de aumento que agranda considerablemente los buenos o malos instintos de los individuos. Es equiparable al dinero y al poder, como motivos de superioridad de unos individuos sobre otros. Podrían ser poderosos elementos de bienestar general y, por causa de la organización social, sirven para labrar la desgracia de los más en beneficio exclusivo de los menos.

De entre las diversas concepciones sociales, y de entre las múltiples ideologías aplicadas al logro del bienestar humano, sólo el anarquismo llega a objetivar la conducta humana y los hechos sociales con esta preocupación moral, de donde deriva su denominación de socialismo ético, por oposición al socialismo científico de los marxistas.

No quiere decir esto que reneguemos del saber, que renunciemos a la ciencia, ni que pretendamos postergar el talento. No hay valores más reales, tangibles y supremos que los de la vida, la libertad y el bienestar del individuo, los únicos que deben ser sagrados en la organización social. Renegamos y combatimos toda organización social que sobre estos valores fundamentales ponga otros distintos. Religión, Poder, Capital, Ciencia, sólo son respetables cuando sirven a aquellos valores humanos. Y son merecedores de la máxima execración cuando restringen, limitan o cercenan la vida, la libertad o el bienestar del hombre.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 5 de diciembre de 1934.

EXALTACIÓN DE LA LIBERTAD

Hace ahora justamente dos años que, en el semanario *Tierra y Libertad*, fué publicado un ensayo programático, en el que intenté interpretar, más que mi particular concepto, el común sentir de los que concitan sus voluntades para organizar la sociedad en un sentido comunista libertario. El ensayo mereció una réplica del camarada Carbó, que publicó el mismo semanario, con quien particularmente llegó a ponerme de acuerdo, reconociendo la razón que le asistía.

Tenemos que afirmar nuestra fe en la libertad y despojarnos de nuestros prejuicios autoritarios, evitando en el plan de la nueva sociedad todo germen de imposición y de violencia sobre la voluntad individual. El acatamiento por el individuo de la voluntad o de la conveniencia colectiva debe conseguirse por otros medios que por la coacción y por la fuerza, ya que por estos medios autoritarios se le puede forzar al individuo a obrar contra su voluntad, consiguiendo una calma aparente, pero en la individualidad que se considere oprimida nacerá un sentimiento de rebeldía y de protesta y un germen de disolución. En realidad, se consigue más bien que el violentado simule que se somete, pero ofreciendo, cuando no sea posible una resistencia activa, una resistencia pasiva tan entorpecedora.

La voluntad colectiva, decía yo, se expresará por ley de mayorías. Carbó oponía el derecho de la minoría o del individuo a manifestarse en oposición, sustrayéndose al acatamiento del acuerdo colectivo. La mentalidad autoritaria nos hace ver en ello un peligro de disolución y, correlativamente, que por la violencia se puede obligar a los reacios a colaborar en la ejecución del acuerdo. En realidad, ni la

resistencia declarada y noble es un peligro, ni la imposición un remedio. Hay otros medios de influir sobre el criterio individual y otros modos de ganarse la voluntad de las minorías sin caer en el vicio autoritario de la imposición, que haría renacer todo lo que tratamos de destruir.

La ineficacia de la imposición nos la demuestra la sociedad actual, en la que los legisladores lo arreglan todo con leyes y decretos, que todo el mundo trata de burlar, como sentencia el refrán: «Hecha la ley, hecha la trampa».

La imposición es el germe de la desobediencia y una incitación al desacato. El hombre tiene más disposición psicológica para atender una súplica que para acatar una exigencia, sea de quien sea.

Reconozco haberme dejado llevar del prejuicio autoritario en más de una ocasión, y que sólo se puede conquistar la libertad amándola apasionadamente, como he visto que la amaba Malatesta después de leer el libro de Luis Fabbri, cuya lectura me complazco en recomendar desde aquí.

Los escollos mayores para vivir una vida comunista libertaria no procederán de los excesos de libertad, sino de las faltas, de aquellas limitaciones que se conserven por la difusión de la mentalidad autoritaria, que nos hace siempre recurrir ante una dificultad e imponer a todos una línea de conducta uniforme o en delegar en un comité o en un individuo, dejando a otros el cuidado de pensar y hacer por nosotros.

Lo que para el liberalismo histórico fué un sueño y una palabra vacía, ha de ser para nosotros una realidad, un «poder obrar» por iniciativa, sin sentir sobre la dignidad y la conciencia el peso de una voluntad extraña y opresora.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 18 de abril de 1935.

y de crítica de los valores consagrados: una muestra del espíritu de independencia de los predecesores para volver a experimentar de nuevo. No hay otro modo de distinguir el error del acierto que la renovación del experimento.

Viene esto a cuenta del ruido que se arma a propósito de la unidad obrera. La inteligencia que se quiere establecer entre las distintas tendencias sociales para salir del aprieto político en que nos encontramos, no es un hecho nuevo en la historia de las luchas emancipadoras. Se ha repetido más de una vez y en circunstancias tan críticas, y cuando la separación y diferenciación de las doctrinas sociales no era tan acusada. Tenemos ya en nuestra literatura el consejo de la experiencia de otras generaciones. Las convicciones antiestatales han formado el carácter del anarquismo con una firmeza magnífica. Tenemos la ciencia social elaborada por pensadores difícilmente superables. Y, sin embargo, se quieren encontrar insolitas las circunstancias, particularmente grave el momento y apremiante la necesidad para experimentar una vez más el error seductor que ha costado a otras generaciones amargos desengaños.

En estas circunstancias graves es cuando, si el carácter fuera de valor, se tendría el valor de afirmar el carácter, poniendo nuestra confianza en las convicciones que han resistido ya todas las pruebas. No hay peor consejero que el miedo. Y es el miedo el fantasma del fascismo, el principal argumento esgrimido por los propugnadores de la unión sagrada. Se quiere ahuyentar la razón, nublar las convicciones, aturdir la reflexión serena, para dejarnos llevar del impulso sentimental del miedo, esa vergüenza de la especie, con la que ha sido posible mantenerla en esclavitud permanente y en domesticidad secular.

¿Y qué valor tienen las convicciones, el caudal de ideas y deducciones que informan a nuestra colectividad, si no nos sirven de norte y de asidero en los momentos de prueba, en las circunstancias aciagas? Cuando las circunstancias favorecen, cuando se nada a favor de la corriente, el más torpe nadador parece batir un récord de velocidad. Entonces parecen gigantes los enanos.

La vergüenza interior que sentimos al recordar con qué cobardía moral, con qué falta de carácter sucumbieron a la locura guerrera del año 14 los hombres más representativos

PARA LOS QUE VACILAN

La semejanza psicológica entre la colectividad y el individuo es acentuadísima. En aquélla, tienen tanta importancia como en éste, como determinantes de la conducta, los móviles inconscientes, instintivos y sentimentales. El carácter de una colectividad, igual que el carácter de un individuo, depende de la capacidad de pensamiento y de la riqueza de ideas, del cuerpo de doctrina en que se fundamenta. Pero, en los momentos emocionales y en las circunstancias críticas, se suelen olvidar las convicciones que en otros momentos de calma y serenidad dan valor a su carácter. Hay una ciencia y un arte de vivir, como hay una ciencia y un arte de actuación social colectiva. Los conocimientos que forman la ciencia se acumulan en el tiempo y se transmiten de unos a otros individuos, como de unas a otras generaciones. En cambio, el arte de vivir y de comportarse sólo se adquiere por experiencia, y la colectividad como el individuo han de dar de narices en el obstáculo para conocerlo, sin que les sirva de gran cosa el consejo de otros más experimentados. Cada edad, como cada generación, parecen hablar distinto lenguaje. Al niño no le sirven las advertencias de los padres para aprender a andar. Al joven no le penetran los consejos del anciano. Necesita llegar a viejo para comprender el acierto de aquellas advertencias. La generación que constituye una colectividad va pasando por los mismos trances históricos que otras generaciones, y aunque tiene de las anteriores el resultado de su experiencia, sólo lo reconoce, tardíamente, cuando incurre en la misma torpeza que les aleccionó a los otros.

Sin duda, este defecto es también una ventaja, una garantía de evolución y de perfeccionamiento, de renovación

del pacifismo consciente, no nos impediría imitarlos en otra conflagración. Es fácil ser pacifista en tiempos de paz, como apolítico en momentos de calma y estabilidad. Cuando importa serlo, es cuando el ambiente y la sugestión colectiva nos empujan a la guerra y a la política. Sólo en tales circunstancias es cuando se afirma el valor de la convicción y la reciedumbre del carácter. Lo demás equivale a dilettantismo, a revolucionarismo verbal de mitín y a salvajes de artillería.

Si quien tiene una convicción, sea individuo o colectividad, la abandona en los momentos de confusión, que es cuando le puede servir para orientar su conducta y para acreditar su valor ante los que no la tienen, ¿se me quiere decir para qué sirve esa complicación mental?

Tiempos Nuevos, Barcelona, 1 de agosto de 1935.

SOBRE LA FRETENDIDA MALDAD HUMANA

Nuestra tesis es ya sabida. El hombre no es ni malo ni bueno. No busca el mal o el bien, sino la satisfacción de sus instintos, de sus necesidades y de sus aspiraciones, y si, en cambio, causa dolor o produce placer, es sólo por mero accidente. Dando la razón a Carlos Richet y a su argumentación superabundante, diremos que «el hombre» es «un animal estúpido».

La tesis anarquista va más allá y afirma que el mal no está en el hombre, sino en la organización social y, para decirlo más concretamente, en el Poder. Un ciudadano reducido a la triste categoría de desposeído puede causar mal. Como, por ejemplo, tiranizar y maltratar a la mujer con quien convive; engendrar hijos degenerados o enfermos; educarlos a golpes; difamar, taicionar o armar camorras con sus compañeros; huir del trabajo, dándose a la haraganería; complacerse en ver sufrir a los demás, y hasta, si se quiere exagerar la nota, salir con una faca, en un ataque de alcoholismo, y despanzurrar, ¿a cuántos diremos?, a media docena de transeúntes, cosiéndolos a puñaladas.

Pues bien: si tomamos hombres de otras clases sociales, veremos que a todo este dolor se puede añadir mucho más. Si es un tendero, puede atentar contra la salud de toda su clientela adulterando un género alimenticio. Si es un médico, puede usar el título con una ganzúa y emplear las situaciones delicadas de su profesión para pisotear al débil. Si es un abogado, puede lucrarse enredando en los litigios a sus clientes. Si es un juez, puede meter en la cárcel y en presidio para muchos años a inocentes o recargar la responsabilidad de los delincuentes. Si es un agente de la autoridad, puede maltratar impunemente a los sometidos a su

poder, hasta hacer uso de sus armas contra hombres indefensos, pretextando una alteración de orden público. Si es un gobernador, tiene bajo su voluntad y su capricho la vida, la tranquilidad y la libertad de los habitantes de su provincia. Y si es un ministro o un jefe de Estado, puede amparar matanzas horripilantes como la de Casas Viejas, pongo por ejemplo. Un burgués condena al hambre al obrero o a los cientos de obreros que se le meten entre ceja y ceja, produciendo insensiblemente un daño incalculable y un dolor sin límites. Un latifundista juega con el cocido, con la honra y con la vida de sus campesinos, igual que un gato con los ratones. No se habla aquí de las guerras. Ni de quienes las preparan.

Es decir, que el mal que el hombre puede producir crece a medida que concentra poder y privilegios en sus manos, sin que por ello gane en etismo (tono moral), ni deje de ser capaz de producir el mismo daño fundamental que está al alcance de cualquiera. Por lo tanto, si el hombre es malo cuando carece de todo y siembra dolor como uno, si le damos poder, riqueza o privilegios, lo ponemos en situación de producir mal como ciento. Y podemos decir que la sociedad es mala porque, en lugar de disminuir la maldad del individuo y procurar que resulte lo menos nocivo posible para los demás, tiende a producir el efecto contrario aumentando su nocividad en las mayores proporciones.

Pero la realidad nos demuestra que el hombre es una malva. La más pacífica e inofensiva de las bestias de carga, cuando se trata de un desposeído. Esconde sus miserias y calla sus hambres, para no perturbar la digestión de los privilegiados, con una disciplina que envidiarían los diputados socialistas. Se resigna a pasar privaciones, para que los señores puedan derrochar a manos llenas. Un perro bien educado no lo hace mejor. Siente aún amor por el trabajo, no obstante lo bien remunerado que está y el buen cuidado que los demás ponen en huir de él. No hay cosa que menos bienestar y consideraciones produzca que el trabajo. Ni nada más premiado que la vagancia. A medida que los sueldos crecen en la escala social, es menor el trabajo que se les exige. Todos tenemos que vivir del trabajo. Y todos hacemos lo posible por hurtarle el cuerpo. A pesar de ese ejemplo desmoralizador, el único que trabaja y lo hace como

si lo agradeciera a la sociedad, es el desgraciado que no tiene dinero, ni habilidad, ni cinismo suficiente para vivir a costa de los demás.

La sociedad no enseña a practicar ninguna virtud. Al contrario, llama tonto al bueno y le apremia con todas las burlas. Convierte al hombre en lobo del hombre y crece de tal modo la nocividad de un hombre para con los demás, que, colocado en un puesto de mando, puede resultar más mortífero que una epidemia de cólera y más devastador que una plaga de langosta.

No obstante partir del supuesto de que el hombre es malo, la sociedad capitalista no cuida de disminuir su malignidad, sino, a la inversa, de fomentarla y de acrecentarla contrariamente a los fines de una sociedad justa. De este modo, fomentando la maldad humana, niegan al pueblo el derecho de emanciparse y justifican el parasitismo, la tiranía y la explotación. ¡Vale más tomarlo a broma! En efecto, oír hablar a quienes lo esquilman, lo vejan y lo explotan de la maldad del hombre, causa la misma impresión de risa que si oyéramos acusar de fiereza al burro que se deja cabalgar, llenar el lomo de palos y dar con el celemín en los morros.

C N T, Madrid, 15 de junio de 1933.

El pensamiento humano, creador del actual progreso científico y cultural, ha señalado también las formas de perfección y de progreso, las metas ideales a las que podría encauzarse la evolución social. El fondo instintivo e inconsciente del hombre, sus instintos, sus creencias, sus pasiones, son factores de fijeza en las formas sociales.

El Estado es como el caparazón de un molusco, que impide toda mutación de formas empleando su aparato represivo, cada vez más fuerte, en combatir aquellos factores de variación social, de evolución y de progreso consciente. Los factores de transformación propios del medio, como el maquinismo, en lugar de conducir a una modificación social, nos llevan a una crisis económica que denuncia la resistencia de las sociedades a adaptarse a las modificaciones del medio.

Por la voluntad de sus gobiernos, las naciones evolucionan hacia el imperialismo, regresan en lugar de progresar, y, lejos de adaptarse al aumento de conciencia individual y colectiva, aumentan la fuerza coactiva, ahogan la personalidad humana y se echan en brazos del fascismo, de la nueva invasión bárbara. Esta crisis de gobierno, que obliga a negar las escasas libertades cuando más demanda hay de libertad, denuncia otra forma de inadaptación social, otro escollo evolutivo.

Dispersa y solidarizada, existe en las sociedades la voluntad de impulsar la evolución social hacia una meta clara de perfección, hacia una sociedad rica y próspera, no porque lo sea una parte con mengua de las demás, sino porque de la prosperidad y de la riqueza se beneficien todos. Hacia una sociedad sin conflictos interiores, porque encuentren cauce para manifestarse las aspiraciones y los ideales de todos, y en la que la personalidad humana, consciente de su dignidad, como factor de progreso incesante y de variación, pueda competir en libre lid con los instintos que nos recuerden nuestro origen animal.

Las modificaciones evolutivas son lentas y tan pequeñas que sólo se aprecian y tienen valor en el tiempo. Cuando tales modificaciones pasan cierto tiempo sin lograrse, detenidas por un obstáculo, la transformación termina por estallar de un modo súbito y amplio. La revolución es forma de evolución.

LA VOLUNTAD HUMANA. COMO FACTOR DE EVOLUCIÓN SOCIAL

La idea de evolución ha tomado ya carta de naturaleza científica y filosófica. Todo lo que vive va pasando de formas elementales a formas complicadas. El parentesco entre las organizaciones vivas está en relación con el tiempo, de tal modo que se aumenta hacia atrás, hacia la unidad de origen, y se amengua hacia delante, hacia la diversidad de formas. Formulada así, la evolución no suscita discusiones.

La idea de evolución se considera como un equilibrio, siempre variable, entre factores que tienden a fijar las formas, como la herencia, y factores que tienden a modificarlas, como las variaciones del medio. La variación de la curva de equilibrio, progresiva o regresiva, sólo se aprecia a través de grandes períodos de tiempo. La evolución de una especie puede compararse a la evolución de un individuo. Las variaciones son amplias y rápidas en el estado embrionario; disminuyen y se retardan en la infancia; parecen faltar en la edad adulta, y desaparecen en la vejez.

En lo que ya no hay acuerdo es en las deducciones filosóficas de esta teoría. Para unos, tiene por designio el logro de la perfección. Para otros, es un movimiento ciego, que lo mismo conduce a perfecciones que a monstruosidades.

El máximo perfeccionamiento lo ha logrado la Naturaleza en la especie humana. La actitud erguida, la utilización de la mano para la presión y la aplicación de los instrumentos, se convirtieron en factores de crecimiento cerebral, de aumento de capacidad craneana y de superficie gris apta para el pensamiento, mediante el cual la Naturaleza adquiere conocimiento de sí misma.

En la evolución colectiva, como en la individual, seguirán predominando los factores inconscientes y ciegos de la naturaleza sobre los conscientes. La aparición de éstos es más reciente y el tiempo de su acción todavía muy breve para que pueda notarse su influjo en las sociedades. La ambientación local, fuerza de una costumbre, una canción de cuna, los instintos belicosos o la sugestión de un tribuno, son aún más poderoso aglutinante de la voluntad humana que las diferencias de clase y condición, de destino social o de aspiraciones ideales. La suma de voluntades de fijeza, mayor que la suma de voluntades de variación de la organización social. Por esto parece aún una utopía el pretender impulsar el progreso social hacia la perfección que imaginamos. La voluntad aislada de un hombre es, frente al destino de las sociedades, como la concha del niño frente al intento de secar el océano. Pero la voluntad colectiva y la conciencia humana pueden llegar a ser la palanca y el punto de apoyo que Arquimedes pedía para mover el mundo.

No. No es desatentada la pretensión humana de influir sobre la evolución social. Lo desatentado es pretender que se modifique conservando su caparazón calizo, su molde estatal. Antes que marcarle un fin o que señalarle un camino, urge libertarla, dejar que sea lo que debe ser.

Si la conciencia del hombre evoluciona también, incrementándose y generalizándose como factor evolutivo, ella es la mejor garantía de que el progreso social conducirá a la generalización del bienestar y a la exaltación de la personalidad humana, meta opuesta a la esclavitud y miseria de que venimos.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 1 de septiembre de 1935.

RESPUESTA A UNA ENCUESTA

LA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA ACTUAL. — La crisis económica producida por la maquinaria, insoluble en régimen burgués, porque cada vez será mayor el exceso de la producción sobre el consumo, admite aún laigas, remiendos y reformas. Puede doblarse el número de parados y extenderse más aún de lo que lo está la miseria, sin que el firmamento se hunda. Si se asustan por la cara de espanto del hambriento, pueden aún gozar y dormir tranquilos los burgueses. No en balde pesan, sobre aquéllos, siglos y siglos de conformidad mental y espiritual para la esclavitud, hasta hacer del hombre el ser cobarde que es hoy cuando está hambriento, en contraposición con lo que ocurre en toda la escala animal.

La crisis económica produce dos clases de efectos:

Primero. Los desocupados, que por su número pueden constituir un foco de perturbación social, pero al mismo tiempo de basura humana, de humanidad cobarde, mansa y envilecida, y

Segundo. El temor al paro, en todo el resto del proletariado, y especialmente en los que ven reducidos sus días de trabajo.

La representación mental de una cosa ha sido siempre más horripilante que la cosa misma. Antes de sufrir un dolor, se le teme más que cuando se está bajo sus efectos, porque el pensamiento nos lo pinta con más vivo colorido que el que tiene en realidad.

Por esto, si la desocupación desarma las rebeldías humanas, el temor de serlo las acucia, razón por la cual el efecto segundo es más revolucionario que el primero. Siempre, el hombre que piensa, es más rebelde que el que sufre.

La crisis económica tardará aún mucho en ahogar al capitalismo. Del parado, puede defenderse con el subsidio que envilece y amansa. La principal amenaza para el capitalismo son las organizaciones obreras, y los hombres que, conociendo la dolencia que le aqueja, se aprestan a darle la puntilla.

La situación revolucionaria actual depende, tanto como de la crisis económica, del despertar de la conciencia revolucionaria del pueblo y de la evolución mental del proletariado.

LA SITUACIÓN EN ESPAÑA. — Tal vez sea por vivirla por lo que me parece la situación actual de España la más revolucionaria de Europa. Está por hacer la primera revolución política; tenemos atascados problemas ya resueltos en todas partes, como el latifundio y los regionalismos, y el cambio de régimen, demasiado tardío, no ha podido solucionar nada, ni servir siquiera de asidero a la confianza y la ilusión del pueblo. La crisis económica ha aparecido de subito, con agudez creciente.

Las condiciones psicológicas del pueblo hispano, propicio siempre a explosiones de rebeldía, explican su dinamismo revolucionario y el predominio de la tendencia anarquista.

El Juicio de fuerzas que se emplean en la represión social refleja exactamente la virulencia del revolucionarismo.

LA MISIÓN DE LOS ANARQUISTAS EN LA RECONSTRUCCIÓN SOCIAL. — Por falta de discernimiento y por la costumbre de embestir ciegamente contra el enemigo, el pueblo se ha lanzado siempre — como los toros de nuestra fiesta idiota — sobre la muleta, una especie de telón tras el cual escende su cuerpo el torero. Nos seduce más el trapo chillón, que el enemigo que tras él se esconde.

El poder de la nobleza, la independencia del suelo patrio, la legitimidad de una dinastía, o el cambio de la forma de gobierno han sido otras tantas muletas a las que ha embestido el pueblo, para rodar por el suelo, y quedar siempre esclavo del mismo poder. Ahora se prepara para embestir contra el capitalismo, haciéndolo responsable de todo su infortunio, de las proporciones crecientes del paro que amenaza a la humanidad. Y debemos evitar que se engañe una vez más, gastando sus fuerzas, para seguir maltratado y encadenado.

La misión del anarquista debe ser aleccionar al pueblo, mostrándole la verdadera causa de su infortunio, que no es la miseria, sino la esclavitud; que no es el Capital, sino el Estado. Para que, cuando se decida a embestir contra la causa de sus males, no se estrelle contra una muleta, sino que arrolle la institución que lo mantiene atado de pies y manos, siempre a merced de cuantos quieran despojarlo.

El anarquista ha de convertirse en fermento antiautoritario para guiar la revolución a la destrucción del verdadero nudo gordiano, y luego para que la reconstrucción se haga con la menos dosis posible de poder y de autoridad.

Para esto, es menester que los anarquistas se pongan de acuerdo previamente en un programa realizable, y que junten sus esfuerzos en una organización específica, yendo hacia el pueblo, antes de pretender que el pueblo vaya a ellos.

En España, este programa realizable ha sido concretado en el Comunismo libertario, basado en la «organización sindical» de las poblaciones industriales, y en el «municipio libre» en las localidades campesinas. La F. A. I. es una organización específicamente anarquista, con prestigio e influencia dentro de la C. N. T., la organización sindical revolucionaria que a su vez influye en el pueblo.

La misión de los anarquistas se puede concretar, a mi criterio, en estos tres apartados:

Primero. Señalar la institución del Estado, como la causa fundamental de todos los males que sufre la Humanidad. Sostén del capitalismo hoy, y enemigo siempre de la libertad individual;

Segundo. Ofrecer un sistema viable para la organización económica de la sociedad, sin la intromisión del Poder. Tal, el Comunismo libertario, y,

Tercero. Velar por todos los medios para que el autoritarismo no resurja una vez destruido, combatiéndolo en germinación allí donde aparezca.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 5 de noviembre de 1934.

LAS LEYES NATURALES

Se ha escrito tanto sobre el anarquismo, que estamos condenados a repetir lo producido por los llamados grandes maestros. La obra de Kropotkin *Los Tiempos Nuevos* es la que me ofrece el tema y las ideas de este artículo.

La idea de que la armonía y el orden que vemos en la Naturaleza dependen de la sumisión a una ley, es un dogma aceptado, no sólo por los interesados en fomentar esta creencia, sino también por los que, a causa de su preparación científica, tienen motivo para no aceptar sino ideas contrastadas por el examen y la razón.

Aceptada la ley natural, no puede menos de reconocerse la necesidad de acatar las leyes para que la armonía y el orden reínen en la sociedad. El anarquismo es un sistema de ideas coherentes, de aplicación universal, y si ha llegado a la conclusión de que el Estado es una institución nefasta y la ley una imposición odiosa del fuerte sobre el débil, ha sido luego de ver confirmada su concepción en todo el campo del saber, en lo científico, como en lo filosófico.

«La armonía y el orden — dice Kropotkin — no son productos de una voluntad divina. No son producto de leyes impuestas por una de las fuerzas activas. No se obtienen sino con una condición: la de ser equilibrio libremente establecido entre las fuerzas que obran en su mismo punto.

»Por otra parte, la armonía no es cosa que dure indefinidamente. No puede existir sino con la condición de ser continuamente modificada, de cambiar de aspecto a cada instante, porque nada existe, ni en la Naturaleza ni en las relaciones humanas, que no cambie de un momento a otro.»

Me voy a limitar a ilustrar con algunos ejemplos estas dos afirmaciones exactamente expresadas.

Lo que se llama ley natural es equilibrio libremente establecido entre fuerzas contradictorias. En la Naturaleza, todo es cambiante, móvil, lábil. Dos afirmaciones confirmadas científicamente y que, aplicadas a la sociología, son formidable alegato contra el Estado, sostén de todas las injusticias, y contra la ley escrita, que no es otra cosa que la arbitrariedad del opresor.

El equilibrio establecido entre los dos platillos de una balanza, cuando contienen pesos iguales, no es resultante de ninguna ley ni hace falta que una voluntad sujete la aguja en el fiel. El equilibrio que en la Naturaleza se establece entre el número de individuos de una especie y la cantidad de alimento, es también espontáneo, resultado del instinto reproductor que aumenta indefinidamente el número de individuos de la especie y de las muertes que produce la escasez del alimento y la concurrencia vital.

La órbita que describe un astro no obedece a una orden, ni a una ley, ni a una voluntad; es resultado del equilibrio entre la fuerza gravitatoria, que tiende a deviarlo a un lado, y de la fuerza centrífuga, que lo desvía al lado opuesto.

La llamada ley de conservación de la materia y de la energía, es un equilibrio establecido espontáneamente, libremente, sin intromisiones de nadie, entre la tendencia a integrarse lo simple y a desintegrarse lo compuesto.

La ley de constancia del medio vital es un equilibrio establecido, libremente también, entre las fuerzas conservadoras de este medio y las del ambiente que tienden a modificarlo. Otro tanto podemos repetir de la ley de herencia, producto de influencias fijadoras de intereses paternos y de otras influencias modificadoras, propias del medio.

Así podríamos seguir citando ejemplos de esa tesis, que es en un poco aplicable a la sociología. El orden social y la armonía social no necesitan ser impuestos por una ley, ni mantenidos por una fuerza coercitiva. Esta es la prueba de que el orden y el equilibrio actual es falso. Si viéramos que, para conseguir el equilibrio de una balanza, era preciso poner un sostén debajo de uno de los platillos o empujar hacia abajo al otro, diríamos en seguida que la pesada era falsa y el equilibrio mentiroso. Si tuviera que intervenir una voluntad para mantener las condiciones normales de equilibrio entre una célula y el medio líquido que la cir-

cunda, diríamos que aquella vida era artificiosa y que no tardaría mucho en destruirse.

Para que el equilibrio sea estable, para que se logre con eficacia, es preciso que las fuerzas de que depende obren libremente, sin cortapisas y sin exaltaciones. Obligan al hombre a vivir en sociedad, la conveniencia, las ventajas de la vida colectiva, los imperativos de la civilización, el instinto de sociabilidad y hasta su modo de ser psicológico. Tienden, en cambio, a ponerlo en pugna con los demás, el egoísmo, la ambición y el afán de predominio. O sea, que cada hombre lleva en sí las dos condiciones que requiere el equilibrio, las dos fuerzas opuestas que deben contrapesarse. Del equilibrio libremente establecido entre el egoísmo y el desinterés, entre el interés particular y el interés general, debe resultar el orden social, la armonía verdadera. Si es preciso cereñar la libertad del hombre o reforzar su sociabilidad, es sólo aparente, costando poco vaticinar que tarde o temprano aquello tiene que subvertirse y revolucionarse, pues ninguna fuerza vital se contrariaría impunemente.

La ley escrita, como expresión de la voluntad del Estado, traduce la tendencia de constreñir toda espontaneidad a refrenar la libre manifestación de las fuerzas vitales, a impedir toda variación queriendo eternizar en el tiempo las condiciones y circunstancias contemporáneas al establecimiento de la misma.

La idea de que el Estado es sostenedor del orden y de que la ley impide que nos devoremos mutuamente, es un puro ilusionismo. Tan engañoso como el enfermo que cree conservar su salud tomando un medicamento, como el negro que silbando ahuyenta la lluvia o como el creyente que cree librarse de un peligro rezando una oración.

La solidez del orden conseguido por el Estado, es la misma que podría exhibir el constructor de un atrevido puente al que no se hubieran quitado la armazón ni los puntales que sirvieron para construirlo, «porque correría riesgo de venirse abajo».

Ante el argumento de los que así defienden la necesidad del Estado en la sociedad actual, lo mejor que podemos hacer es reír a carcajadas.

C. N. T. Madrid, 25 de abril de 1933.

CRÍTICA SOCIAL

LOS BAJOS FONDOS DE LA MISERIA

La miseria es consustancial con el régimen capitalista. Abunda más y llega a extremos más vergonzosos en centros urbanos e industriales y en las zonas rurales latifundistas. Sigue al capitalismo como la sombra al cuerpo. A más acumulación de propiedad y de dinero, mayor miseria. Aumenta con las crisis económicas, pero no se agota ni aun cuando la demanda de trabajo es mayor que la oferta de brazos. Esto demuestra que tiene más causas que la primordial del imperativo económico, de acuerdo con una regla general en la Naturaleza, que demuestra que no existen causas únicas sino coincidencias de determinantes múltiples.

La miseria no es solamente necesidades vitales insatisfechas, alimentación a base de desperdicios y sobras, harapos en el vestir y cobijo improvisado. Lo que la caracteriza especialmente es la abyección moral, el desmoronamiento de los escrúpulos que son inherentes a la dignidad humana. Es carencia de aspiraciones de vida mejor; adaptación a su ambiente; apagamiento de la rebeldía inteligente, pues la rebeldía a aceptar la disciplina del trabajo es manifestación de indolencia o de haraganería, más que patente de insurrección social. En el miserable de condición, falta el sentimiento de la propia estimación, que es el factor más elemental de la dignidad humana.

Entre las causas de la miseria, como entre las causas de la prostitución, su hermana gemela, figuran, al lado del rechazamiento económico y de eliminación social, la baja mentalidad, es decir, el déficit de inteligencia, el tono moral y la disposición activa. El alcoholismo del padre, dilapidando el salario misero, o perdiendo días de trabajo; la poca inteligencia de la madre para la administración del jornal; su

poca actividad para los quehaceres domésticos o su incontinencia reproductora, pueden hundir en el bajo fondo de la miseria a una familia proletaria.

Hagamos una aclaración preliminar. La penuria de condiciones en que vive el proletariado, ni aun el paro forzoso, no son una condena fatal a la miseria. Sobran hechos para demostrarlo. El proletariado militante, en las luchas emancipadoras, se sostiene tenazmente en la pendiente, gracias a una voluntad y a una tónica moral, cuyo valor no ha sido destacado suficientemente. Gracias a esa voluntad y a este valor moral, no se hunde en el abismo envilecido de la miseria. El horror a este abismo es, para el desocupado forzoso, un tormento superior a la inclemencia de la absoluta privación de recursos.

El mayor motivo de orgullo del proletariado, lo que demuestra plenamente su superioridad moral sobre las otras clases, es su aceptación como un deber de la disciplina del trabajo, aun teniéndolo que realizar en condiciones que lo hacen odioso, desagradable e inhumano. Bajo el signo esclavista del capataz. En lugares insanos, cuando no inmundos. En las horas en que luce el sol y en las que la digestión convoca a la siesta. Con la tiranía del reloj. Manteniendo una tensión en el esfuerzo uniforme, durante la jornada, desafiando el cansancio y sobreponiéndose al agotamiento muscular y nervioso. Un trabajo repelente, mal pagado, mal considerado. Menos remunerador que la mendicidad. Pero cuya aceptación dignifica y prestigia. Y aún más: capacita para la edificación de una sociedad más moral y justa. El proletariado, que se moldea en el yunque del trabajo forzado, ¡más forzoso y esforzado que el paro!, escucha como un insulto el reparo que se hace al Comunismo libertario, según el cual, sin una coacción, nadie aceptaría el trabajo hecho agradable, fácil, voluntario y libre.

El misero, cuando no lo es por avaricia, como entre burgueses y clase media, o por circunstancias geográficas como en Las Hurdes, sino por abyección moral, siente una repugnancia aristocrática para la disciplina del trabajo, como para toda la actividad creadora. Es el gusano que vive a gusto en la carroña, desempeñando un papel biológico, como los microbios en el ciclo transformador de la materia, un estabón en la cadena de la mecánica social capitalista. Un

sector social que no ejerce ninguna actividad colectiva subvertidora, que no encierra ninguna amenaza para la sociedad presente. Antes al contrario, sirve de ejercicio y de exhibición a la caridad cristiana y a las instituciones benéficas. Abastece de mercenarios para los oficios más viles y los designios más canallescos como aquellos en que la soplonería, la traición, la delación o el crimen se manejan como armas contra los idealistas y los revolucionarios.

De la miseria, de sus fondos de abyección moral a los que descienden entes con figura humana, ex hombres, no puede esperarse ninguna rebeldía fecunda, ninguna acción transformadora, como no sea la que hemos indicado, del aprovechamiento y transformación de desechos, función útil a la economía burguesa, como a los parásitos que engordan en la suciedad y abandono corporal.

El trabajo actual, dignificado a pulso por el esfuerzo sindical del proletariado, es una disciplina en cuya aceptación reconocemos un alto valor moral y los valores morales serán, en definitiva, los que ganen el mundo.

Es el antídoto contra la miseria degradante y estéril. La trinchera desde la que el proletariado ha de ganar la batalla de su emancipación. Manejan su sofisma seductor, pero desastroso, los que predicen una indisciplina absoluta, en nombre de un individualismo narcisista. Parece una incitación a hundirse en la miseria al que no tiene otra fuente de recursos que sus brazos. El ocio es legítimo, provechoso y creador cuando compensa y sirve de descanso a una actividad. El ocio, como el trabajo, extremados hasta convertirlos en finalidad de la vida, son igualmente embrutecedores.

La vida parasitaria del misero no se distingue, en esencia, del parasitismo burgués. Uno con escaseces y otros con abundancia, ambos viven a costa de los productores; a expensas del proletariado. El uno es una rémora, el otro una carga pesadísima. El proletariado, haciendo hincapié en su esfuerzo productor disciplinado, ha de sacudirse una y otro.

El fantasma del paro forzoso es la pesadilla de todo proletariado consciente de su papel social, con el horror de hundirse en la miseria, no sólo materialmente sino moralmente. Por bajo que descienda el hombre digno y que se estima, siempre le quedarán arrestos para remontarse, y la tensión de la voluntad para conseguirlo lo conservará despierto y

vivo en su valor moral de insurgente, de revolucionario y de hombre libre.

Tenamos la miseria física, pero sacrificuemos la vida antes de hundirnos en la miseria moral, deforme y monstruosa como las máscaras de la magia salvaje.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 1.^o de enero de 1936.

LA POBREZA PROVERBIAL DE ESPAÑA

Juzgando por el nivel medio de vida, por el gasto de artículos de primera necesidad que corresponde a cada habitante, o por lo que se llama la balanza comercial (relación entre las importaciones y exportaciones), o, todavía, por la relación entre la inmigración y la emigración, España es un país de los más pobres de Europa, según las estadísticas.

Teniendo en cuenta el informe de los geólogos, la tierra cultivable de España es pequeña en relación con su extensión y de un rendimiento agrícola escaso.

De agricultura primitiva y rutinaria, con zonas extensas en las que el pan es un lujo, y otro lujo la grasa del puchero; con notable atraso industrial, con montes despoblados, con riquezas mineras inexplotadas, con carreteras y ferrocarriles escasos y malos, con un caudal de energía hidráulica sin aprovechar, tiene un amplio margen de riquezas sin explotar que sirven de atracción al capital extranjero, el cual encuentra el complemento de una mano de obra barata y un trabajo esclavizado, rendimiento tal, que no obliga, con el apremio que en otras partes, el empleo de la maquinaria.

La pobreza de España, de la que se salva una burguesía más dilapidadora y rumbosa que la del resto de Europa, por lo cual alcanza extremos de miseria africana, es una pobreza remediable, fácil de reparar con el auxilio de la ciencia agropecuarioforestal, con la cooperación de la técnica industrial y con una decisión emprendedora, aun dentro del actual régimen social.

Pero la causa fundamental de la miseria, cuya amargura se sufre solamente en el hogar humilde del trabajador, y

en la mesa sin mantel del campesino, es irremediable dentro del orden económico-político-moral del capitalismo. El límite de la producción no es, como debiera, la satisfacción de las necesidades, sino las demandas del mercado, que están lejos de expresar las necesidades humanas. Se topa con el freno de la producción ficticia, apenas se excede un poco de la producción corriente, y ello disminuye el consumo en lugar de aumentarlo. Ejemplo demostrativo de lo que decimos es la producción del trigo. Ha habido, el pasado año, ligera sobreproducción aparente, y ya la venta del trigo se convierte en un problema angustioso para el labrador, por gracia de las cortapisas puestas por la intervención del Estado, que más tiende a beneficiar al acaparador que al agricultor cosechero. Se teme que no se podrá consumir todo, cuando esa cantidad producida, como lo demuestra el ligero cálculo, aunque se panificara completamente —lo que está muy lejos de ocurrir—, no sería bastante para poner a ración de pan, como en las cárceles o cuarteles, a los veinticuatro millones de españoles. Ni descontando lactantes y enfermos que no pueden comer, ni teniendo en cuenta la habilidad de harineros y panaderos para hacer pesar más la harina y el pan, sería suficiente esa cosecha —tenida por excesiva—, para racionar de pan debidamente a la población de España. Esto demuestra cuántos españoles no comen pan, o lo comen insuficiente y cuán difícil es sobreponer la producción de trigo en España, dentro del orden actual, y no precisamente por incapacidad de las tierras de cultivo ni por falta de iniciativa del agricultor.

Con este hecho de la sobreproducción del trigo, contrasta dolorosamente el caso del pueblo murciano, intoxicado por la adulteración de harinas.

En todos los órdenes de la producción, se tropieza con el mismo escollo. La producción de un artículo, para ser remuneradora, ha de ser escasa. El labrador, como el pescador, obtienen mayores beneficios de la escasez que de la abundancia. El consumidor no logra adquirir un producto legítimo, sano y puro, aunque abunde y esté depreciado para quien lo produce. El comerciante es el único que se lucra siempre.

De España, con mayor razón que de otros países más industrializados y prósperos, puede decirse que su riqueza

podría ser incrementada de un modo ilimitado, si fuera posible aplicar el progreso científico, cultural, técnico, maquinista e industrial en su actual desarrollo, el cual tiene aún un margen insospechado de aplicación y de eficacia.

La inteligencia ha hecho posible la reducción del trabajo esclavizado —odioso por ser forzado—; la producción en cantidades abundantes de todo lo necesario para la vida; el aumento y multiplicación de las necesidades humanas; el incremento ilimitado de la población del Globo; el bienestar humano; el mejoramiento de las condiciones de vida; el disfrute del ocio y del trabajo voluntario, espontáneo, libre, no son ilusiones inasequibles, sino aspiraciones, realizables dentro del actual progreso científico, que se supera de día en día, con nuevos perfeccionamientos y nuevas conquistas.

Pero lo que es posible técnicamente, no es hacedero dentro del orden social actual, que necesita de la desocupación, de la dependencia económica y política del productor; de la escasez de productos, del atraso mental y de la pobreza del pueblo.

El Estado, para intentar resolver todos los problemas económicos opondrá siempre la suprema razón de su existencia, el argumento de la fuerza a todo intento de superación moral de la sociedad. Para él, una nación es rica cuando nutre espléndidamente su presupuesto, cuando tiene estabilización su moneda o cuando exporta más de lo que importa. No interesa que sean muchos los que pasan hambre ni que sea mísero el tipo de jornal, ni que sea vergonzoso el nivel de la vida, ni irritante la desigualdad económica, ni inmoral la explotación del trabajo, ni total la privación de la libertad.

Para nosotros, la riqueza de un pueblo se mide exclusivamente por el grado en que satisfacen sus necesidades sus habitantes; por la cantidad de trabajo que precisan emplear; por el tipo de bienestar que disfrutan. Pero la riqueza es sólo un elemento de felicidad. Los otros elementos son: la justicia distributiva y la libertad efectiva del individuo.

España es una nación de suelo agrícola pobre, de industria atrasada y de comunicaciones escasas, donde se dan extremos de miseria y de pauperismo impropios de un

país civilizado. Pero con riquezas por movilizar, con cultivos por perfeccionar y con energías por aprovechar en mayor medida que en otros países de Europa, y con posibilidades de sostener una población más densa que la actual y menos sobria que la actual. La medida de su producción actual es un consumo miserable. En tanto subsista la valoración del producto, el consumo no podrá aumentar, y, por consiguiente, la producción tampoco. Sin haber alcanzado el grado de industrialización de otras naciones, estamos ya con el dogal de la crisis capitalista al cuello.

España, por lo tanto, no podrá salir de su miseria y de su atraso dentro de la sociedad capitalista, ni aun en los brazos prometedores y estranguladores del fascismo. En ella, la transformación social, con otra norma moral, presidiendo la convivencia humana, es el único camino para redimirla de su miseria.

Solidaridad Obrera, Barcelona, 27 de noviembre de 1935.

EL NATURALISMO EN LA MEDICINA, EN LA EDUCACIÓN Y EN LA POLÍTICA

EN MEDICINA. — Muchas son las enfermedades en las que la intervención del médico es innecesaria. En general, puede decirse de todas las enfermedades infecciosas. El sarampión, la escarlatina, la fiebre tifoidea, la viruela, la gripe, la pulmonía y las bronquitis, la tosferina, etc., evolucionan igual sin tratamiento que empleando todos los recursos de la Medicina. El público se hace la ilusión de que, llamando al médico, se ha asegurado ya contra lo fatal, y el médico fomenta, de buena o de mala fe, esta creencia en su mediación indispensable. Lo más eficaz en todas estas afecciones es la naturalidad en el ambiente que rodea al enfermo. Nada hay más eficaz que las fuerzas de la Naturaleza, dejadas en libertad de obrar. Nuestra actuación debe limitarse a suprimir todo lo artificioso en la alimentación, en el género de vida y en el ambiente. Nada nos enseñará más que el estudio de la Naturaleza, que la imitación del instinto de los otros animales, ya que el nuestro lo hemos dejado perder en muchos siglos de civilización absurda.

La misma ilusión que sobre un caso de enfermedad, nos hacemos sobre la sanidad de la nación, o de la colectividad. Si la institución médica no velara por nuestra salud, las epidemias nos devastarían y la enfermedad se enseñorearía de nosotros. No hay que decir lo provechoso que es este redentorismo para nuestra profesión. La verdad es muy otra. Si no hay más enfermedades, es porque ya hay bastantes. La naturalidad, reinando en todo, en la vida individual como en la colectiva, en nuestra vida como en la organización urbana, sería el único medio de restringir las enfermedades. Otra vez se trata de destruir todo lo artificioso.

EN EDUCACIÓN — Se ha creído que la buena o mala conducta era resultado de la buena o mala educación recibida. El niño sin padres o sin maestros que lo modelen, se cree que, indefectiblemente, ha de ser un mal sujeto, un amoral o un perverso. De aquí el empeño de padres y educadores por conformar, con arreglo a un patrón, a sus hijos y educandos y la tranquilidad de la colectividad, sabiéndose bajo la vigilante mirada de los educadores. Hasta el individuo llegó la ilusión de que debía agradecer los coscorrones de sus mayores. La verdad es que el que nace malo, torcido o cruel, lo sigue siendo toda la vida, y el que nativamente es bueno y de sentimientos nobles, los sentirá aunque nazca en el arroyo. Es decir, que ningún padre o educador hace bueno al que no lo es, ni la falta de educación hace malo al bueno. Cada uno es como nace, y como se modela, sobre todo en los tres primeros años. La mayor influencia del educador es durante la lactancia, y por eso en tal empresa nadie puede sustituir a la madre.

Que el niño sea como debe ser, ha venido a decir un notable pedagogo alemán, «el Tío Jensen». Dejarlo moldearse espontáneamente sin imponerle nosotros un molde siempre deforme e imperfecto. Una vez más, la naturalidad (la espontaneidad de la vida en la naturaleza) reconquista sus prerrogativas antes negadas, y la educación empieza a echar por la borda los artificios.

EN POLÍTICA — La paz de las naciones, su aparente buen concierto, es fruto de los gobiernos, de los hombres geniales que se sacrifican por el bien colectivo. Tal el mito, creído por las gentes y fomentado por los escamoteadores de la política. Gracias a las coacciones que los gobiernos ejercen sobre los gobernados (la Policía, la Guardia civil, los presidios y los jueces), la sociedad no es un presidio suelto, es decir que se cree, y hasta de buena fe, que sin tales terrorismos todos nos dedicaríamos al saqueo, al pillaje, al crimen y a la violación; seríamos peor que bestias. Los gobiernos fomentan tales leyendas porque sin ellas no durarían ni un día más.

La verdad es que al que comete un crimen o un delito, le importa un comino lo que le va a venir luego. Lo hace impulsivamente, cegado por una pasión o por un tóxico, o deliberadamente sabiendo lo que le espera. Los demás no

somos criminales, aunque se nos asegure la impunidad, sencillamente, porque no; porque tendríamos que violentarnos más para dejar de serlo. Y la verdad es que las sociedades están edificadas sobre las injusticias y la usurpación, sobre la coacción. El hombre es ser sociable por naturaleza, y viviría pacíficamente en sociedad si ésta estuviera edificada sobre la razón y el modo de ser espontáneo y natural del hombre. Y también aquí, y más que en ningún otro sitio, se está haciendo necesario y urgente dar una patada al artificio y reformarlo sobre la naturaleza.

* * *

Deshacer estos tres mitos, a cual más presuntuoso para el hombre, no es tarea fácil a pesar de su aparente sencillez. Y ello, porque los sofistas defensores del artificio han embarullado hasta el lenguaje. Tenemos que empezar por no confundir cosas que, aunque lo parecen, no son lo mismo. Así, falta de tratamiento no es lo mismo que tratamiento torpe. Falta de educación, no es lo mismo que mala educación. Falta de gobierno o anarquía, no es lo mismo que gobierno desenfrenado, o que desgobierno. Se trata de evitar las influencias que no son naturales, aunque se conceptúen buenas.

El hombre, si vive sin artificios, no tendrá la salud de ahora, pero tendrá mejor salud. Si evitamos al niño influencias educativas que no sean naturales, habremos permitido que sea de distinto modo, pero más sincero y noble que lo es hoy, modelado como el arbusto por el jardiner. Y si libraremos a la sociedad de sus injusticias y artificios y de toda coacción anarquista, habremos hecho de ella una institución distinta, pero habremos librado al hombre de una de sus peores desfiguraciones: habrá desaparecido el hombre culebra, y el hombre perro y el hombre zorro, y el hombre camaleón, porque sus virtudes respectivas (la bajezza, la fidelidad, la astucia y la hipocresía) se habrán hecho innecesarias. El hombre será como deba ser.

Suplemento de *La Protesta*, núm. 325, Buenos Aires, 1930.

ATRASO MORAL DE LAS SOCIEDADES MODERNAS

Bajo cualquier aspecto que sean consideradas las sociedades modernas, por comparación con las de los pueblos primitivos o los salvajes, se aprecia una superioridad, un perfeccionamiento y un progreso, menos en el sentido moral. El derecho a la vida es tan menospreciado que, al par que se inutilizan los alimentos en grandes cantidades, una parte considerable de la sociedad sufre privaciones alimenticias hasta padecer de hambre crónica, hasta degenerar físicamente y hasta morir por carencia absoluta de alimentos. Si no fuera por la ayuda espontánea que unos practican en nombre de la caridad y otros por solidaridad fraterna, y si no fuera porque los menos resignados consiguen allegar recursos a espaldas de la ley y burlando sus sanciones, los casos de muerte y de miseria extrema, si hubieran de esperar al amparo oficial, serían aún más agudos y numerosos. La sociedad da de comer al delincuente en la cárcel, pero no se ocupa de si comen los familiares que en la calle quedan sin amparo, o los resignados, que mendigan el pan por los caminos o lo esperan a cambio de un problemático alquiler de sus brazos.

La civilización, con su progreso mecánico y científico, con su enorme poder de dominación y de producción, con sus medios educativos y su refinamiento de vida, conserva un sentido moral tan primitivo y rudimentario que basta por sí solo para quitarnos toda pretensión de superioridad sobre el remoto pasado.

Las sociedades modernas no muestran ningún progreso moral. En pueblos ricos, existen multitudes depauperadas. Al lado del templo o la morada magnífica, el inmundo zaquezamí, la cueva habitada, o la familia sin albergue y sin

ajuar. La suntuosidad en el vestir se roza en la calle con quien malcubre sus carnes con harapos. La civilización es, frente a estos contrastes, una educación domesticadora, análoga a la que permite convivir al zorro con las gallinas, o al gato con el ratón, sin devorarse.

El progreso moral, como el progreso mental, sólo pueden fundarse sobre la capacidad de abstracción. El niño y el salvaje son incapaces de distinguir una cualidad del sujeto que la posee. Su sentido del bien y del mal, se aprecia, como en el hombre cultivado, por el placer que nos causa el uno y el dolor que el otro nos produce, y lo que varía y los distingue en esta apreciación es el distinto tono de su sentimiento: sensorial, orgánico e instintivo en el salvaje; cerebral, imaginativo y sentimental en el hombre cultivado. Por abstracción, podemos conocer, además, lo que es malo y lo que es bueno, aun cuando particularmente nos sea indiferente. El sentido moral del niño o del salvaje repugna como malo lo que le causa dolor a él o a seres queridos, y apetece como permisible lo que satisface sus apetitos, aunque cause dolor a otros. Para quien sea capaz de abstracción, el mal y el bien los juzgará separando su propio interés, y atendiendo, tanto como el suyo, al placer o pesar que pueda causar a otros.

La opresión es odiosa, cualquiera que sea quien oprima, cuando se ejerce igual que cuando se soporta... No puede haber progreso social sin perfeccionamiento moral de la convivencia humana; las ideologías que pretenden la emancipación del proletariado como clase oprimida y vejada, si no son capaces de elevar el nivel moral de sus prosélitos, haciéndoles remontarse sobre sus impulsos de desquite y de predominio, sólo pueden producir cambios superficiales. Nunca una transformación fundamental, que puede parangonarse con el progreso conseguido en otros aspectos de la vida humana. Odiar la explotación del trabajo desde el lugar incómodo del explotado, al Capital porque no se tiene, al Poder porque se sufre, o a las cárceles porque se puede ir a ellas, y a la justicia organizada porque se puede sufrir su rigor o su injusticia, no puede producir ningún progreso social porque, cambiado de lugar, el mismo hombre explotará, oprimirá y se erigirá en carcelero o en juez de sus semejantes. Eso equivale a odiar la parte ancha del em-

budo cuando se está en la estrecha y a amar el embudo cuando ocurra al revés.

Todos quieren la libertad para sí, o a la sumo para sus amigos, allegados o correligionarios; pero de este afán de libertad no puede dimanar ninguna ventaja colectiva, si no se quiere al mismo tiempo para todos, estimándola en abstracto, como la condición básica del bienestar humano.

La superación moral, en sentido abstracto, es tarea individual y no cosa pegadiza que pueda adquirirse por el hecho de afiliarse a un determinado ideario. La ventaja de una organización social inspirada en el sentido moral como elemento primario de convivencia, estriba en su mayor influencia educativa por comparación a la conducta individual. Ella se opone también, en competencia proselitista, a las otras tendencias ideológicas que agrupan al proletariado frente a la sociedad que lo mantiene en esclavitud. No hay que decir que hemos citado al anarquismo, frente al socialismo y al comunismo. Estas dos ramas que se disputan la interpretación de Marx, no tienen ninguna superioridad moral sobre las demás ideologías o partidos burgueses que aspiran a la gobernación del Estado. Los oprimidos de hoy serán los opresores mañana. Alimentan las ideas de venganza y de predominio. Afirman que en sus manos harán bueno lo que en manos de sus adversarios condenan como malo. Se identifican con el sentido moral del salvaje. Un reparto más equitativo del trabajo y de los víveres, podrá satisfacer a quienes conserven su mentalidad infantil; pero tiene que repugnar a quien estime tanto como la vida misma la dignidad y la libertad, y los sacrificios por conservarlas, le reporte un placer superior al de llenar el estómago.

Por su sentido moral elevado, y por su capacidad para juzgar en abstracto la organización social, condenando a la institución y absolviendo al hombre, acaso sean más los anarquistas que lo son sin saberlo, que los que se lo llaman sin serlo. Destacar el sentido moral que preside el anarquismo, es algo que toca hacer, no con palabras, sino con la conducta aparente, con nuestro sentido moral. Condenamos la violencia que se ejerce sobre un individuo para forzarle a hacer una determinada cosa. Y la condenamos en abstracto y en absoluto. Consideramos legítima, en cambio, la violencia cuando se trata de afirmar, con ella, el dere-

cho a la vida y a la libertad. No hay contradicción. Negamos a todos y a nosotros primero, el derecho a oprimir. Respetamos en los demás, como en nosotros mismos, el derecho a la rebelión violenta contra todo opresor.

Aceptamos en todo, una fórmula moral, antiquísima, que hicieron suya los primeros cristianos, y que se han dado el placer de escarnecer sus continuadores. Una norma moral, que cuarenta siglos de civilización no han logrado superar. «No deseas para otro lo que no quieras para ti». Ni niegues a otro lo que tú desearias en su caso.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 1.º de noviembre de 1935.

LA GRAN FARSA DE LA LUCHA ANTITUBERCULOSA

La sociedad se alarma ante las cifras de morbilidad y de mortalidad por tuberculosis, a pesar de que las estadísticas oficiales no revelan toda la verdad. Aun se tiene a la tesis por enfermedad vergonzante, y son muchas las familias que ruegan al médico que no haga constar tal enfermedad como causa de la muerte. La forma en que los médicos damos los partes sanitarios tampoco permite recoger todos los casos de tuberculosis. Lo que quiere decir que la tesis está más extendida y representa un peligro mayor que el que revelan las estadísticas de la Dirección General de Sanidad.

La tuberculosis no es contagiosa. Es este un error médico que ha causado bastante estrago en la sociedad. En nombre de él, el tuberculoso es rechazado por sus propios compañeros, cuando no lo es por el patrono de la fábrica, del taller o del obrador donde tiene que hacerse explotar para alimentarse y alimentar a los suyos. Hasta los familiares lo apartan igual que a un apestado, amargándole los años y los meses de su enfermedad.

¡Ah!, pero el Estado patrocina ya una institución de lucha antituberculosa, al frente de la cual figuran médicos especialistas acreditados, afamados tisiólogos, una de cuyas más destacadas actuaciones colectivas fué pedir aumento de sueldo. Hay sanatorios antituberculosos, colocados en sitios apropiados, en pinares, en montañas, en lugares excelentes y a orillas del mar. Son edificios coquetones, lujosos, con amplios ventanales, con terrazas bañadas de sol, en los que no falta un detalle técnico. En ellos puede conseguirse, gracias al aire puro, al reposo, a la alimentación y al clima, y con la ayuda, o sin la ayuda, de medicaciones y de terapias, curaciones clínicas, o sea curaciones en apariencia. Para

despistar a los tuberculosos, para diagnosticarlos precozmente y no cuando la enfermedad ha arruinado al organismo, se han creado dispensarios antituberculosos, centros donde se hace el diagnóstico de los sospechosos y donde se aplican las primeras medidas, o donde se dan los consejos elementales. En este camino y dentro de algunos años, esta institución de lucha antituberculosa contará con centros excelentes y numerosos de despiste y de tratamiento. El remedio social, estará servido por abundante numerario del presupuesto; contará con edificios magníficos y con un personal técnico y burocrático complicado en completo. Pues bien: los beneficiados habrán sido los arquitectos y contratistas de obras, los médicos tisiólogos y el personal auxiliar, los burócratas incrustados como garrapatas y los comerciantes abastecedores. La tuberculosis, como plaga social, continuará siendo tan temible y tan invasora. El tuberculoso pobre que tuvo la suerte de alcanzar un sanatorio y la fortuna de salir «clínicamente» curado de él, habrá de volver a su casa sin ventilación, chiribitil inmundo, a su alimentación insuficiente y carencial, al taller y a la fábrica donde estropea sus pulmones y al agobio del trabajo donde agota sus energías. El microbio, aparentemente derrotado, volverá a adueñarse de aquel organismo. Y el tísico seguirá engendrando seres con su predisposición orgánica y transmitiéndoles la forma ultramicroscópica del bacilo de Koch, que ha de preparar durante la vida intrauterina y durante la infancia al organismo, para hacerle, en la juventud o en la edad madura, un organismo minado por la tuberculosis.

El Estado gastará millones en esta institución. Y crerá haber cumplido con su deber. La Sanidad invertirá esos millones de acuerdo con la idea de contagiosidad y llegaría a hacer obligatoria la vacunación de Calmette y Guérin, en los ocho días primeros del nacimiento si esta vacuna, que ha producido ya desastres, pero que aún no sabemos los que producirá a la larga, no estuviera arruinada por el descrédito. El turista admira en los bellos parajes la nota blanca y pintoresca del sanatorio. Pero allá en la calle estrecha de la ciudad o del suburbio, seguirán hacinándose en verdaderas pocilgas las familias de los proletarios. En el taller cargado de polvo, de humo o de gases tóxicos, seguirá el obrero respirando todos los días y año tras año y prepa-

rando sus pulmones para la vegetación del microbio. El enfermo tuberculoso seguirá reproduciéndose, trayendo seres defectivos y transmitiéndoles el germen de la enfermedad, el que preparará el terreno y se transmutará en bacilo de Koch.

Dentro de la injusticia social, que hace vivir a una clase numerosa en las condiciones más nocivas, de las que se aprovecha el germen de la tuberculosis, sería más sencillo y más eficaz encaminar ese dinero y esas actividades al remedio eficaz y directo del mal. Mejor que construir costosos edificios para sanatorios, construir viviendas para sustituir las que deben derribarse. Mejor que alimentar un cuerpo de parásitos, subvencionar al enfermo tuberculoso para que se alimentara debidamente y alimentara a los suyos. Mejor que asustar a las gentes con un contagio inexistente y que de existir sería inevitable por lo difundido del mal y la universalidad del bacilo, aleccionar sobre el peligro de la reproducción, de la herencia, del germen y de la predisposición, con propagandas eugénicas y neomaltusianas.

La lucha antituberculosa oficial es una gran farsa, un ridículo paliativo del mal, con la que se entretiene y se engaña a las gentes. Para luchar contra la tuberculosis, no hay que dirigir los tiros al microbio, sino al régimen social que favorece de un modo múltiple la propagación de la peste blanca; para la tuberculosis, como para la miseria, como para la injusticia social, no hay más que un remedio eficaz: la Revolución social, que abre nuevos cauces racionales y justos a la convivencia humana.

C. N. T., Madrid, 24 de julio de 1933.

EL TRATAMIENTO DE LA TUBERCULOSIS POR EL ORO

Para la Alquimia, los metales tenían un poder simbólico y alegórico, que justificaba sus propiedades. Su poder venía de los astros. Saturno (el plomo), en el Olimpo mitológico, armado de su guadaña, cortaba las alas que Mercurio llevaba en sus pies, y en virtud de ello se explicaba el fenómeno químico de la fijación del mercurio por el plomo.

El oro era el metal precioso que poseía todo el poder de Júpiter. Su dureza, su brillo, su inalterabilidad. Quien lo poseía, tenía el poder de los dioses. Carecer de él, era estar dejado de la mano de Dios. La codicia y la ambición humanas se desvelaron por poseerlo. Fué ídolo en el Vellucino. Objeto de veneración en el dinero, donde conserva su poder divino, como reza el refrán: «Entre Dios y el dinero, lo segundo es lo primero».

Una pasión de alquimistas, fiebre de matraces y crisoles que devoró muchas pestañas, fué el hallazgo de la piedra filosofal, la transformación de la lata en oro. Más de un mago creyó haberla descubierto, y algún estafador de nuestros días lo logró a maravilla, quedándose con el oro de los crédulos que financiaron sus experiencias. Otro afán de alquimistas fué el descubrimiento de la panacea universal, el remedio que lo curaría todo.

En nuestros días, el oro es el símbolo del capitalismo; la piedra filosofal, no es ya una quimera sino una realidad tangible. La química permite extraerlo del cuarzo; pero el burgués sabe extraerlo del sudor del trabajador. La moderna alquimia ha logrado transformar en oro el petróleo, el caucho y el algodón.

Como los otros metales pesados, el oro es un veneno violento. Introducido en el organismo de los animales, paraliza los nervios, lesiona el hígado y el riñón y termina por producir la muerte. Es un veneno material y moral.

* * *

La tuberculosis es una plaga social que se ceba especialmente en la clase azotada por la penuria económica. Hace estragos entre los depauperados. La labor de los médicos se limita, como en las guerras, a no combatir las causas sino a mitigar el estrago, ocupándose de las víctimas. La peste blanca, considerada socialmente, es un efecto de la detención de las riquezas, de las condiciones en que se fuerza a vivir a los desposeídos. El microbio no lo es todo. Lo fundamental es el terreno orgánico, preparado por la alimentación escasa y carencial, por las viviendas antihigiénicas, por el trabajo agotador y en condiciones insanas, por la privación del sol y de aire puro. El primer defecto de que adolece la lucha antituberculosa es la falta de dinero, de oro, obligada a desarrollarse en una vergonzosa penuria, como la del sanatorio de Sevilla, que estuvo a punto de cerrar recientemente por falta de alimento para los enfermos.

Pero es en el caso particular de un enfermo pobre, del trabajador tuberculoso, donde más valioso podría ser el oro, aportando los medios económicos precisos para mejorar su alimentación, su vivienda, su residencia, y, sobre todo, para emanciparlo de la necesidad de trabajar en trabajos nocivos y en condiciones que hacen estériles todos los esfuerzos de la Medicina y todas las virtudes de las medicaciones.

Hablando en sentido simbólico, el oro es la panacea de la tuberculosis. Su poder económico es el que puede permitir la lucha social e individual contra esta enfermedad. Sin medios económicos, no habrá que esperar nada de los afanes del laboratorio para encontrar un arma de lucha contra el microbio. Los investigadores se quemarán inútilmente las pestañas, igual que los alquimistas tras la quimera de la piedra filosofal.

Nadie podía esperar que el sarcasmo llegara a tanto, ni que la ciencia médica hubiera, como la Magia, dado una

interpretación tan pedánea a la frase simbólica, poniendo el oro, no en el bolsillo del enfermo, sino introduciéndolo en su sangre, en forma de medicamento. Caro y malo.

El oro es un veneno que no lo tolera ningún organismo, ni los conejillos de laboratorio. Fué Mollgaard, quien logró encontrar una preparación, el tiosulfato de oro y sodio, el cual permitía introducir el metal precioso en la sangre, sin matar al enfermo, aunque no sin un riesgo manifiesto sobre el riñón y el hígado. Procediendo con cautela y con dosis progresivas, como Mitridates, aquel rey del Ponto que se preservaba del riesgo de ser envenenado acostumbrándose al veneno, se llegó a la dosis atrevida de 50 centigramos.

Vigilando el daño sobre el riñón, y buscando el efecto curativo en dosis cada vez mayores, se ha llegado hasta administrar dos gramos de una sola vez con tanto riesgo para la economía animal, como para la doméstica. La moda dura ya quince años, y está en fase de desuso, en trance de ridiculez. Se reconoce por unos que las dosis son exageradas y que no debe pasarse de los 20 centigramos por dosis. Las críticas abundan y los estragos cuentan entre los éxitos.

Recientemente, los doctores Xalabarder y Bultó, en una comunicación a la Academia de Tisiología de Barcelona, demuestran, con trabajos experimentales, el «mito de la crisoterapia», probando que los efectos beneficiosos de esta terapéutica no se deben al oro sino al azufre, y que es éste (el tiosulfato) el que neutraliza e impide que se manifieste el poder venenoso del oro.

Para el organismo social, como para el organismo humano, el oro es un tóxico violentísimo. Nunca un remedio. En lo social, deben exaltarse las buenas cualidades naturales, sin destruirlas con el contacto del metal codiciado.

La organización capitalista de la sociedad es la que impide la generalización del bienestar y la que obliga al hombre a vivir en condiciones propicias a la tuberculosis. El bacilo de Koch hace el resto. La panacea universal no debe buscarse en el oro, sino en los valores permanentes de lo humano.

Tiempos Nuevos, Barcelona, 1.º de diciembre de 1935.



MISCELÁNEA

EL FACTOR PSICOLÓGICO O EMOCIONAL

Un hecho revolucionario, profundo, capaz de subvertir el orden social y no limitado a sustituir unos hombres por otros en el Poder, no puede ser resultado de improvisación, ni provocado por el designio de una agrupación, por numerosa que sea. Una revolución como la que deseamos precipitar nosotros, para sustituir la economía capitalista por la comunista libertaria, no puede ser otra cosa que un fenómeno ¹ la evolución histórica, resultado del determinismo de las circunstancias sociales. Un cambio superficial y una revolución aparente, podrían conseguirse mediante un golpe de mano afortunado. Pero si las ideas propugnadas por el grupo triunfante no tuvieran arraigo en la opinión, ni hubieran sufrido la debida germinación en las mentes, servirían sólo de etiqueta, de fórmula constitucional para encubrir una realidad apenas diferente de la realidad anterior.

Cuando se produce un hecho revolucionario, es a consecuencia del descrédito y ruina en que caen los valores viejos y de la estimación que llegan a merecer los nuevos valores. Es porque el dique opuesto al progreso de las ideas sociales, con el que se quiere contener la necesidad de modificación incessante, resulta insuficiente para contener la tensión alcanzada por las aspiraciones largo tiempo obligadas a contenerse. Dicho en palabras más llanas, porque las nuevas ideas han alcanzado la suficiente extensión y madurez para imponerse y porque la organización social vieja está lo suficiente desacreditada y podrida.

Sin estas dos circunstancias confluentes, nunca se produce una revolución en la Naturaleza. Éstas son lo fundamental. El hecho de fuerza, lo accidental. Tanto es así, que ni siquiera se trata de un hecho de fuerza. En el combate

revolucionario, es el más fuerte el mejor armado; el mejor preparado táctica y técnicamente, quien sale derrotado. Nunca los revolucionarios han tenido otra superioridad que la que les da el determinismo histórico y la que les presta su estado emocional.

Emoción de pánico, que paraliza y desconcierta al Poder constituido. Emoción de valor en el pueblo esclavizado, que se crece hasta lo inverosímil. Un estado pasional que estalla en un momento dado, tras de una larga gestación llena de indecisiones.

Estado dominador y pueblo sometido, se parecen al domador y a la fiera amaestrada. Paralizada por el miedo, la fiera tiembla ante el domador y se somete a sus caprichos. Un minuto de ceguera, de olvido del castigo que puede recibir, es suficiente para que se lance sobre el domador y lo despedace.

Un hecho cualquiera en las extralimitaciones del Poder, puede dar lugar a la producción de ese factor psicológico que da al pueblo la posibilidad de vengar, de una vez por todas, su opresión secular, sin miedo al castigo que siempre desencadenó su rebeldía. Hace falta siempre un estado pasional, un impulso ciego, un arrebato que haga perder la serenidad a los dos: al pueblo sometido y a su domador, juguetes ambos de una emoción avasalladora: el miedo. Porque si la serenidad aconseja al domador sobreponerse al miedo, la misma serenidad aconseja al pueblo a sucumbir a él.

A los revolucionarios, es la razón la que les lleva a insurgirse; pero el grueso de la humanidad no vive el pensamiento, sino los instintos y los impulsos, y por esta causa no responde a nuestras prédicas exaltadas ni a nuestros gestos audaces, sino al impulso ciego de un momento pasional, que sólo por carambola podemos nosotros provocar, pero que puede surgir también en todos los momentos.

C N T, Madrid, 20 de septiembre de 1933.

DECIR LA VERDAD ES UN DELITO

En una serie de excelentes reportajes publicados en *Solidaridad Obrera*, el camarada Toryho ha sacado a la vergüenza pública con pelos y señales, con nombres y fechas, algunos de los aspectos de la vida del loco en los manicomios. Para ello se ha fijado en la que parece ser institución modelo: en el manicomio de Ciempozuelos. Los hechos denunciados por la pluma fácil de nuestro camarada rebasan el límite de lo que la gente es capaz de suponer. Se leen con incredulidad. Parecen hinchados a propósito por la imaginación novelesca del escritor. Como esos grandes traumatismos, que en fuerza de violentos no producen siquiera dolor en los primeros instantes. Y, no obstante, rezuman exactitud.

A mí me parecen fiel reflejo de la realidad. Conozco algo, por mi profesión, las interioridades de esos establecimientos, donde el loco no entra a curarse, sino a conservarse enterrado en vida, igual que el preso en la cárcel. Como el penado se perfecciona en la delincuencia, el loco se remacha en el frenicomio. Sería más humano y más racional practicar la eutanasia con los diagnósticos incurables. Ya que nada se quiere hacer para prevenir la locura, hija del alcoholismo y de la herencia degenerativa, que se haga algo por podarla. Es humillante para el siglo y para la Medicina ese lamentable espectáculo de la reclusión manicomial.

En un artículo aparecido en *La Revista Médica*, de Barcelona, hace un año, se hablaba de la creación por el Gobierno de la República del Consejo Superior Psiquiátrico, integrado por renombrados psiquiatras y a cuyo organismo se confiere la alta inspección de los manicomios y el cuidado de poner todas mejoras pertinentes. Como resultado de las

visitas de inspección practicadas, se dice en el artículo en cuestión que se han recibido informes «casi espeluznantes». Lo primero que se ha echado de ver ha sido la carencia de personal técnico, que el Consejo Superior Psiquiátrico cree debe ser diez veces superior al existente.

En el manicomio de Vitoria, existen más de trescientos locos y no hay más que un médico, que además ha de atender a la Inclusa, al Asilo de Ancianos y a su visita particular, pues con el sueldo de la Beneficencia provincial no puede vivir. En estas condiciones, no hay asistencia posible, y la dirección de la asistencia han de llevarla las monjas o los enfermeros, cuya buena voluntad, aunque se suponga, no puede suplir la falta de preparación.

Pues bien: esta labor de depuración de las instituciones, de verdadera eficacia sanitaria, que deberá obligar a reparar el mal o a aminorarlo, no trae otras consecuencias que el atropello policial, pues a esta labor de saneamiento parece deber el camarada Toryho la detención sufrida. Se sigue la práctica jesuítica: evitar el escándalo, pero no las acciones o vergüenzas que lo producen. En lugar de acudir a comprobar las denuncias y a repararlas, se procede a tapar la boca del que tiene la dignidad y la valentía de gritar la verdad y de tirar una piedra en la charca de la inmoralidad social.

Estamos tan curados de espanto, que, en lugar de un procedimiento judicial para depurar las inmoralidades denunciadas, esperamos el procesamiento de nuestro camarada. Aquí todo está a tono. Se matan veinticuatro hombres en Casas Viejas y aun se llenan las cárceles con los compañeros de los asesinados.

Les ha parecido aún pequeño el escarmiento. Quien ampara tantas inmoralidades, bien puede amparar una más.

C N T, Madrid, 21 de marzo de 1933.

LLAMADAS AL SENTIMIENTO

Federica Montseny nos ha sacudido con la prosa vibrante y encendida de su protesta contra los apaleamientos de los detenidos en Barcelona. De todas las cárceles de España llegan ayes desgarradores. Por doquier, se levantan voces pidiendo apoyo, demandando solidaridad. Lo de Casas Viejas es la superación del canibalismo estatal, la aplicación al territorio nacional de los métodos de conquista colonial. El doctor César, seudónimo que encubre un personaje enterrado de las interioridades penitenciarias, en una serie de artículos plenos de interés, publicados en *Solidaridad Obrera*, clama contra la monstruosidad del proyecto de presidio en la Guinea y llama a la protesta a cuantos sientan vivo el sentimiento de la dignidad humana.

¡Protestar! ¡Hacer campañas de prensa! ¡Campañas nacionales! Pero ¿es que a estas alturas y con el cinismo encumbrado en el Poder sirven de algo tales procedimientos? Me parece esto equivalente a recomendar una cataplasma al enfermo desesperado que ha decidido ya dejarse abrir en canal para que le extraigan el tumor maligno que lleva en las entrañas.

Hay que estallar de indignación; hay que recurrir a cualquier decisión desesperada; hay para morderse los puños de rabia y de impotencia, para no disfrutar de tranquilidad; para que nos amargue el pan y las comodidades que disfrutamos pensando en los que acosa el hambre; para sentirse avergonzado de la «libertad», sabiendo que tantos están tras las rejas; para sentirse hostigado por todas las prisas e impaciencias revolucionarias de los descontentos.

Cuando se ha llegado a tomar una decisión revolucionaria por hallarse en total desacuerdo con el orden constitui-

do, no tenemos por qué irritarnos más por unas que por otras de sus lacras, más por unas que por otras de sus ignominias. Nos sublevan todas. Y queriendo acomodar nuestro paso al de los demás insurgentes, no debemos sino acumular coraje para el combate definitivo.

Cada nueva injusticia perpetrada, cada nueva bofetada recibida en el rostro, cada nuevo refinamiento de iniquidad gubernamental, debe servirnos para mantener despierto el espíritu rebelde y para evitar que se apoltronen en la rutina los comités y organizaciones confederales.

Si es para atizar la hoguera de nuestra rebeldía, y para avivar el fuego de nuestro revolucionarismo, bien escritas sean las páginas vibrantes llamando al sentimiento...

C N T, Madrid, 20 de febrero de 1933.

PRESOS Y PARADOS

Los parados y los presos aumentan como bola de nieve. Son ya legión, pesadilla, problema agobiante. Los parados aumentan sin cesar, crecen como la espuma. Por cientos son lanzados los proletarios al paro y al hambre; son hombres puestos ante un dilema desesperado: o rebelarse o perecer. No pueden esperar nada de remiendos, de reformas, de medidas de gobierno, de protección de autoridades, de preocupación de los que están hartsos. No pueden poner su confianza en la lucha por las seis horas, solución tardía con la que se van encariñando los burgueses, como un agarradero para no perecer. No pueden esperar la solución de su problema de la capacitación sindical, ni del perfeccionamiento de la organización confederal. Por el contrario, tienen puestas sus esperanzas, exclusivamente, en la insurrección del proletariado, en la acción revolucionaria de la C. N. T.

Con procesos normales o amañados, por delitos reales o imaginarios, nuestros compañeros caídos pueblan todas las cárceles de España. Lo son en número incalculable, que aumenta sin cesar todos los días. Estos compañeros presos no confían en la rectitud de la justicia ni en la benevolencia del tribunal popular. Por si acaso, el Gobierno prepara la anulación del Jurado, y extrema la penalidad para la tenencia de armas y la de explosivos, que son precisamente las dos causas más prodigadas de encarcelamiento. Suponiendo blandos los presidios, proyecta también la creación de un penal inquisitorial en tierras inhóspitas y nocivas para el europeo, buscando la complicidad del clima para reparar la equivocada y lamentada supresión de la pena de muerte. Los presos confían exclusivamente en sus hermanos libres. Pero no en nuestro apoyo económico, ni en la actividad de

los Comités Pro Presos, ni en la asistencia y sombra de la organización. El cotizar para presos es comprar por unas monedas el derecho de olvidarlos, es practicar una virtud sin relieve, buena para tiempos de calma y tranquilidad, como los que desean para la Organización los «treinta» judas.

Quienes están tras las rejas exigen — y a ello tienen derecho — algo más que denuncias en la prensa, y que lamentos, y que relatos emocionantes de sus calvarios, buenos para derramar lágrimas de impotencia. Esperan una amnistía total, amplísima, rápida y urgente, una invasión arrolladora de las cárcellos por sus hermanos de ideales, una liberación revolucionaria.

Para ellos es también la C. N. T. la suprema esperanza de liberación. Pensando en los que sufren hambre y en los que están privados de libertad, en éstos más que en aquéllos, porque cayeron por rebelarse varonilmente, quienes amamos a la C. N. T. y la queremos prestigiosa y digna de ser amada por todos los que han hambre de pan y de justicia, estamos obligados a forzarla a una pronta decisión liberatriz.

No podemos menos de censurar la labor de quienes en estos momentos hablan un lenguaje incomprensible de *consecuencia* (consecuente, ¿con qué?) y que en un editorial de *Solidaridad Obrera*, de La Coruña, dicen estas palabras: «La C. N. T., a juicio nuestro, viene desplazándose un poco de su verdadero centro de gravedad, es decir, apartándose un poco de la entraña de los problemas que gravitan de manera aplastante sobre el conjunto del proletariado, para pensar en un aspecto de lucha, para algunos decisivo, mas para otros, acaso la mayoría — ¿serán mayoría los «Treinta»? — lejos de la realidad agobiadora de que hablamos.

Querer distraernos de estos problemas, en estos momentos, haciéndonos preocupar por otros de personalismos y tiquismiquis, como ese de la desviación «treintista», es nada menos que una maniobra contra la C. N. T., que no quiero calificar por no hacerlo con toda la rudeza del lenguaje.

Que sea servido fielmente el acuerdo del último pleno nacional y en la primera oportunidad, es cuanto todos debemos procurar, desde el Comité Nacional hasta el último confederado.

C. N. T., Madrid, 11 de febrero de 1933.

ACORDÉMONOS DE LOS QUE ESTAN ENTRE REJAS

Por todas partes suenan los lamentos y las voces protestarias. La República nos regala a manos llenas el dolor, la injusticia, el atropello y el ultraje. Nos quejamos en tanto no podemos vengarnos, en tanto tenemos que morder el polvo de nuestra impotencia. Pero los relatos de la injusticia, las protestas airadas, las quejas y los lamentos de los caídos, deben servirnos de estimulante de nuestra rebeldía, de medida para colmar nuestra indignación, que un día estallará en justa vindicación definitiva.

Son las cárceles y las prisiones las que nos traen las quejas más indignantes y los ayes más intranquilizadores. Los compañeros caídos sufren, no sólo la privación de libertad y el apartar, tanto de los suyos, sino el régimen penal, al que no ha llegado la humanización prometida por la República, ni el menor intento de reparar sus lunares y defectos.

El preso ha de tolerar, en nombre de la disciplina y del reglamento, todos los ataques a su dignidad y a su personalidad perdida. Para el hombre rebelde e insaciable de libertad, que es preso social, la cárcel tiene más motivos de protesta y de insurgencia que el régimen de libertad restringida de la calle. Y si en ésta se insubordinó y traspasó el dintel del Código, sacudido por la injusticia social, en la cárcel ha de hacer de tripas corazón y de la dignidad una alfombra, si ha de amoldarse a las humillaciones y defecaciones que el personal dispensa, con delectación y refinamiento muchas veces.

Todo tiende a hostigarle, a amargarle el carácter, a deprimirle el ánimo y a transformarle la salud. El largo encierro en la celda, la lobreguez del edificio, el régimen cuar-

telero, la protestada calidad del rancho, las visitas escasas y tardías, la censura que se ejerce con los periódicos y las lecturas, y cien motivos más de disgusto y contrariedad.

Hoy, me escriben de la cárcel de Vitoria, que por solidaridad con el camarada Mariano Gutiérrez, castigado por la presentación de unas peticiones al director, firmadas colectivamente, han declarado los presos sociales la huelga del hambre.

Entre las peticiones que se hacían al director estaban la cesación de unos castigos arbitrarios sobre unos presos comunes; la libertad de prensa y de lectura, la mejora del rancho y la autorización para tomar baños de sol de tronco durante la estancia en el patio. Es de notar que estos baños de sol, recomendados por el médico de la prisión a uno de los compañeros, y que se tomaban sólo de cintura para arriba, han sido prohibidos por considerarlos como motivo de escándalo y de inmoralidad.

Los que aun nos mantenemos en libertad, estamos obligados a apoyar la protesta de nuestros camaradas prisioneros, a fin de que cesen lo antes posible los castigos a que se les somete y de que logren sus lógicas demandas, que sólo por el mal entendido espíritu de disciplina se tiene la terquedad de negar.

La República, que ha traspasado el dintel de la dictadura, no nos ofrece en el porvenir más que la agravación del régimen penal y la garantía de ir a la cárcel por el capricho de cualquier pistolero de uniforme. Al presidio de Annobón y a la ley de Orden Público, va a añadir una reforma del reglamento de Prisiones, del que se puede esperar todo menos la dulcificación y el humanizamiento del trato carcelario.

Han hecho bueno a Martínez Anido, candoroso a Primo de Rivera, inocente al Borbón, y quieren hacer también un dechado de bondad a Galo Ponte, que en un tiempo fué terror de los encarcelados.

C N T, Madrid, 20 de abril de 1933.

TAMBIÉN EN BURGOS. — SE PIDE CADENA PERPETUA PARA CATORCE COMPAÑEROS

Para el día 23 del corriente, está señalada la vista, en la Audiencia de Burgos, del proceso que se sigue contra catorce compañeros acusados de la colocación de las bombas que hicieron explosión en dos conventos y en un poste telefónico de la ciudad levítica, hecho acaecido la noche del 9 del pasado mayo, coincidiendo con la huelga general llevada a cabo por la Confederación.

En tal ocasión me encontraba detenido en aquella cárcel, junto con otros once compañeros de Vitoria deportados gubernativos. Por la cárcel desfilaron casi la totalidad de componentes del Sindicato Único de Burgos, pues a causa del número reducido de militantes fué fácil a la Policía encerrarlos a todos, y al juez seleccionar entre ellos a los más enteros y caracterizados.

Sacándolos de la cárcel a horas intempestivas entre guardias de Asalto y repetidas veces, así como manteniendo largos días la incomunicación de los tres más tímidos, consiguieron que tres de los detenidos se convirtieran en acusadores de los demás. Los procesados que hicieron declaraciones acusatorias fueron, al parecer, engañados por el abogado Olea, quien les hizo ver que, acusando a otros, podrían salir ellos en libertad.

Estos tres atolondrados jóvenes se han retractado más tarde de sus acusaciones, al comprobar el engaño de que fueron víctimas y al familiarizarse con la coacción amedrentadora de la cárcel.

Los catorce procesados son: Santiago Antón, Antonio Ferarios, Rafael Elvira, Luis García, Sixto Fernández, Juan López, Feliciano Juarros, José Herreros, Luis Gutiérrez,

Eugenio Matas, Felipe Baruque, Damián Baruque y Tomás Delgado (1). Sobre siete de ellos y especialmente sobre Luis García, se cierne la acusación fiscal del modo más terminante. Los demás, sobre los que no existe el menor indicio de culpabilidad, han sido mantenidos en prisión para satisfacer la indignación reaccionaria y el afán de venganza del clericalismo burgalés.

Se trata de un proceso más de los amañados respondiendo a la ofensiva contra la C. N. T. y al empeño social-enchufista de abarrotar los presidios de trabajadores. Un botón de muestra de la dura represión de que se hace objeto a la Confederación y que motiva el clamor de reparación y el grito de amnistía que los gobernantes recién caídos no quisieron escuchar.

Está encargado de la defensa el letrado Sánchez Roca, cuya intervención afortunada en otros procesos, como en el tal semejante de Soria, es promesa de que habrá poner de relieve la monstruosidad del proceso, abriendo para nuestros compañeros las puertas de la prisión.

Referencias de procesos semejantes a éste, con racimos de acusados y peticiones exageradas de pena, constituyen en nuestra prensa el pan de cada día. Es la letanía de nuestra lamentación. La preocupación que nos absorbe. Son miles de camaradas que nos piden ayuda desde la prisión y que esperan de nosotros algo más que peticiones de amnistía y relatos vivos y apasionantes de cada atropello judicial.

C N T, Madrid, 21 de septiembre de 1933.

(1) En el original de que reproducimos este artículo no figuran más que los trece compañeros indicados, sin duda por omisión del periódico.

UN CASO EJEMPLAR DE JUSTICIA BUROCRÁTICA

Un vigilante nocturno. Son días de subversión social, de amenaza de revuelta. Hay una huelga en la localidad. Está reciente la republicana deportación del «Buenos Aires». Se le rinde luto a lo oficial y las autoridades hacen ostentación de duelo. El castigo se promete ejemplar. El crimen no puede quedar impune. Para eso está el mecanismo judicial, costosa institución con la que el Estado asegura el sueño a los barrigudos burgueses. Hay precisión de buscar al malhechor o a alguno que lo parezca, meterlo en la cárcel y asfixiarlo entre montañas de papel de oficio.

El criminal no ha sido habido. La víctima, moribunda, no prestó declaración. Hay, sin embargo, una pista. Ésta la proporcionan unos compañeros del muerto, quienes dicen le oyeron decir que le había herido Gangutia. Éste es un ciego comisionista en bebidas, militante de la C. N. T. y con fama de extremista. Para qué más abrumadoras acusaciones! La ceguera no le sirve de excusación, no ha servido luego para atemperar su régimen de prisión, ni siquiera para consentirle tener en la celda una guitarra.

No faltan luego unas declaraciones comprometedoras, declarándose autor, que, pasadas las circunstancias que las provocaron, son rotunda y terminantemente negadas.

Así pasa el tiempo de tramitación del sumario. Pero, poco después y en el regocijo gozoso por la proclamación de la República, ocurre la muerte de un guardia municipal, en la que tampoco son habidos los autores, aunque también se procesa orientándose por la tendencia social. Las promesas de hacer justicia y de no dejar el hecho impune se redoblan.

Al celebrarse el juicio por este último hecho, y por falta de pruebas, son absueltos los inculpados. Por aquellos días

se celebran otras vistas de sindicalistas, que terminan en la absolución.

Pero la justicia tenía que velar por sus fueros. No podía dejar tanto homicidio impune (son numerosos los crímenes que en Vitoria — la población en que ocurren estas cosas — van quedando en la más absoluta impunidad), pues iba en ello el prestigio de la justicia y la tranquilidad de los buenos burgueses, entre los que se reclutan los miembros del Jurado. Actúa de defensor Eduardo Ortega y Gasset. La impresión del público es excelente. Pero el Tribunal dicta una sentencia condenatoria y echa sobre Jesús Gangutia una condena monstruosa.

Hasta el Jurado considera injusta, pues a tanto equivale decir excesiva la pena de veinte años. Y, fundándose en la falta de pruebas, el abogado defensor recurre al Supremo. Éste reduce la pena a nueve años. Ortega y Gasset tenía tal confianza en que el yerro sería reparado, que alimentaba las esperanzas de nuestro compañero con las cartas llenas de entusiasmo, en las que casi le ofrecía la libertad, que para él representaba algo más que el aire de la calle: el poder llevar a su hogar, a su compañera y a una hija de corta edad, el cariño y el amparo de que se encuentran privadas.

Mas las ilusiones han durado poco. El Supremo ha desestimado el recurso de casación, matando de un mazazo sus esperanzas acariciadas. Según Ortega y Gasset, la causa de la denegación ha sido la omisión cometida por la Audiencia de Vitoria, no incluyendo en el sumario la circunstancia de ser ciego, que puede y debe tener un valor tan decisivo.

En efecto, la condena reposa sobre una declaración de los compañeros del muerto, que dicen haber oído que le hirió Gangutia. Con excesiva buena voluntad, los magistrados creen en nuestro compañero ciego un don de orientación por el oído, que, científicamente, para ser admitido, debe reposar sobre otras conjjeturas. Hasta, por lo visto, afirmaron que Dios lo da. Con una tal sagacidad, con un tal don de penetración, estos magistrados deben llegar hasta el último recodo oculto de nuestra psicología. ¿Puede darse más petulante vanidad y juicio más hexagonal? He aquí la ventaja del uso del birrete. A los demás mortales nos hubiera embarazado la duda y nos hubiera dejado indecisos

la vacilación. Estos señores, en cambio, gracias al uso del birrete hexagonal, pueden penetrar hasta en la intención y suponer dotes suprasensibles en los reos, dato que no se ha tenido en cuenta en los estudios de metapsiquia.

Se sigue el camino opuesto al de la Ciencia. O sea cuando los hechos no se prestan a la deducción que es necesario obtener de ellos, se desfiguran, y en paz. Se ha salvado el prestigio de la justicia. Se ha dado a la población la sensación reparadora. A costa de un hogar que queda desamparado y a costa de una vida que se troncha en flor, un desgraciado privado de visión, al que los hombres debieran procurar alegrar la vida. En la balanza averiada de la Justicia, aquello pesa más que esto. En la nuestra, bien contrastada y sin extremar, ocurre todo al revés. Hundiríamos todo el tinglado social para salvar una vida y aun para alegrar a un desgraciado ciego.

Ese caso de injusticia, de atropello jurídico y legal, no es único. La República no ha corregido en este respecto ninguno de los lunares que denunciaba cuando hacia méritos para conquistar el Poder. El proletariado tiene tantas en su haber, que nuestra prensa al reflejarlas se convierte en un rosario de jeremiadas y lamentaciones. El que debiera oír es sordo de conveniencia.

Y es que la Justicia, como la Libertad, ambas con mayúscula, no se piden, se toman.

C N T, Madrid, 27 de mayo 1933.

EL RUIDO DE LAS BOMBAS DE IGUALADA

La justicia no depende tanto de los textos legales, ni del régimen político bajo el cual se administra, como de la latitud o de la mentalidad del juez que la interpreta. Así, en el mismo asunto «bombas huecas de Igualada», se detiene, en Vitoria, a un joven médico poco significado en el extremismo, pues hasta ahora no había sido blanco de la atención policiaca. Se le encuentra una pistola y se le supone complicado en una expedición de Igualada, por hallarse en el talón-resguardo el sello comercial de su familia. El juez lo procesa por tenencia ilícita de armas, y decreta su *prisión sin fianza*, invocando la tendencia social del inculpado y el velar por la tranquilidad pública.

En Barcelona, es detenido el dibujante *Shum*, que fué víctima de Anido y tiene una tenebrosa historia de dinamitero en los ficheros policiacos, y unos negros antecedentes penales.

Se le encuentra igualmente una pistola sin licencia. Se le inculpa de haber ocultado en su domicilio al famoso Guillén, traficante al por mayor de naranjas. El juez le procesa por tenencia ilícita de armas, y sin tener en cuenta el párrafo sexto del artículo 384 de la ley de enjuiciamiento criminal, al que se acoge el de Vitoria, decreta su libertad provisional bajo fianza de 1000 pesetas.

¿Cuál será la causa determinante de tal diferencia? ¿La latitud, el clima, la temperatura atmosférica, el humor del juez, la ley, el régimen, la autonomía catalana, o el favoritismo?

¿Nos lo podría contestar el señor Fiscal de la República, que tiene noticia del caso?

C N T, Madrid, 30 de enero de 1933.

VITORIA. — *EMBROLLO POLICÍACO?*

Un caminero encontró en la carretera dos cajas vacías. Por ellas se fué en conocimiento de que pertenecían a una expedición de ferretería consignada a la estación de Andollu, del ferrocarril Estella-Vitoria, procedentes de Igualada, y que fueron retiradas en circunstancias y condiciones misteriosas. Había aquí una excelente pista policiaca. Por ella se pudo averiguar que el remitente era un tal Guillén y que procedía de una fundición de Igualada, en la que se acababan de hallar cinco mil bombas. El número ha batido el récord de todos los hallazgos realizados desde que existe Guardia civil hasta la fecha.

Tirando del hilo se descubre ahora, en el talón con que se retiró la mercancía, un sello de un comerciante vitoriano. Este comerciante tiene un hijo édico con fama de extremista, y la Policía se dirige al pueblo de Pobes, donde ejerce, y donde seis números proceden a su detención. La cosa está que ni preparada.

Al camarada Angel Pinedo le han sido hallados una pistola y documentos «comprometedores», según el *argot* policiaco, de los que lo único comprometedor es la pistola.

Aprovechándose de esta detención, la prensa local ha adobado con truculencias el hecho, dando ya por segura la naturaleza de la mercancía contenida en las cajas y hasta la legitimidad del sello del comerciante, no obstante decir que aparecía ilegible.

Esperamos la pronta liberación de nuestro camarada, mediante la fianza pertinente, y esperamos que el Juzgado que entiende en el asunto aclare este confuso embrollo de trama películessa.

Por si puede servir de orientación, diremos que la estación de Andollu se llama también de Estibaliz, por un convento próximo de frailes benedictinos.

C N T, Madrid, 21 de enero de 1933.

¡USTED DEBE SER SÓLO MÉDICO!

Siempre que he sufrido un percance con mi actuación en el campo de las ideas sociales, he tenido que escuchar del ambiente conformista este consejo y este reproche: «Usted debe ser médico solamente. En su profesión puede hacer mucho bien. Al par que con sus ideas no causará más que disgustos y sinsabores.»

En labios de profanos, de quienes desconocen lo que es la Medicina, de quienes carecen de vocación para ejercerla, el reproche y el consejo son tolerables. No saben lo que dicen. Pero la frase estereotipada y el consejo necio lo he recibido de compañeros de profesión, aunque sería más exacto decir de especuladores del título médico, de proxenetas de la Medicina. Y éstos demuestran tener un raquitismo y pobre concepto de la profesión, que, de ser consciente, habría de llamarse encanallado.

La Medicina es una profesión, un título de propiedad sobre conocimientos necesarios que permite ocupar una posición favorable en la lucha por la vida. Pero, al mismo tiempo, es una ciencia consagrada a combatir el dolor humano. Y, por lo tanto, se es médico lo mismo cuando se ejerce la profesión cerca del enfermo que cuando se consagra la vida a la investigación de las causas del dolor y de los remedios para el mismo. La investigación de las causas de sufrimiento físico y psíquico nos lleva al campo de la Sociología, mostrándonos la miseria como una enfermedad en sí, madre del 70 por 100 de las enfermedades que tratamos a diario, más nociva que los microbios, a los que ofrecen campo abonado para reproducirse. La investigación de los remedios para enfermedades como la tuberculosis nos lleva a buscar un régimen social que haga posible la

nutrición suficiente, la habitación sana y el reposo adecuado. Y la dedicación científica, con el mismo motivo puede llevarla a la investigación deshumanizada del laboratorio, que a la lucha pasional de las reivindicaciones sociales; igual puede conducirlo a estudiar las condiciones de vida de un germen microbiano, que concretar una forma de organización social que haga posible el culto de la salud y afirme como postulado elemental el derecho a la vida.

Se puede, pues, en buena lógica, ser extremista sin dejar de ser médico, sino, al contrario, afirmando con ello la preocupación científica por aminorar el dolor y por cegar sus numerosas fuentes. Si la Sanidad fuera otra cosa que un cuerpo de funcionarios parásito del Estado, antes que a destruir especies vivas, menospreciando su papel en un ciclo de la materia orgánica, se consagraría a buscar una forma de convivencia social en la cual la salud merecería los máximos respetos, es decir, donde todo ser vivo tendría derecho a satisfacer sus necesidades. Porque, es curiosa la coincidencia: todo lo que reclamamos en nombre de la libertad, lo podemos pedir en nombre de la salud.

Y si el médico no abandona su papel de tal, en el terreno de las ideas emancipadoras, al decirnos que debemos ser sólo médicos y, por lo tanto, apartarnos de las preocupaciones revolucionarias, se quiere dar a entender que debemos ser médicos en el sentido peor. En el de especular con el título, tratando de sacarle el máximo provecho personal. Haciendo mercancía de los conocimientos. Comerciando con el dolor. Poniéndose al servicio de los privilegiados. Convirtiéndonos en puntal del Estado o de sus instituciones, en forma de funcionarios adaptados al cobro mensual de la nómina.

Lo que se quiere es una Medicina deshumanizada, y unos profesionales mercantilizados y prostituidos, arcilla modelable por el ambiente. Ni el consejo puede ser más celestino, ni el reproche más despreciable.

C N T, Madrid, 18 de julio de 1933.

SOBRE EL PLIEGUE PROFESIONAL. — CONTESTANDO AL CAMARADA NEANDRO

Escribo demasiado forzado por compromisos y peticiones; a causa de ello me veo obligado a incurrir en el efecto de quien habla demasiado: el de decir inconvenencias. Es posible que el haber hecho, en un rato de buen humor, un parangón del contagio ideológico con el de las dolencias humanas, haya sido una inconveniencia. Y otra, la del suplemento de *Tierra y Libertad*. Por mi parte, acepto el varapalo del camarada Neandro, que ignoro qué clase de pliegue especial tiene en su cerebro, ni si tiene el carácter amargado, como parece deducirse de su represión.

Para no despertar esa clase de suspicacias de Neandro, tuve buen cuidado de decir afición, en lugar de enfermedad, indicando una inclinación sentimental y no un proceso morboso. Aunque para mí, la enfermedad no es sinónimo de cosa maligna, puesto que conozco enfermedades beneficiosas para quien las padece y no ya para quien las explota. «La anarquía —dice Neandro— es aire puro y sol radiante.» Pues bien: uno y otro resultan nocivos para quien vive en atmósferas viciadas o a la sombra. Al primero le produce un resfriado, y al segundo un eritema. Yo no he dicho que el anarquismo tenga nada de morboso. ¿Y cómo habría de parecerme una psicosis, ni una anormalidad, si es una idea que profeso y un sentimiento que cultivo en mí, y una convicción arraigada y firme?

Ni consciente, ni inconscientemente, he sido llevado de ningún deseo de menoscabar el Ideal. No hay para qué citar a Freud. Ni por qué recomendarnos seriedad. ¿Es que es imprescindible al anarquismo la cara seria y el humor agrio?

Nadie está libre de cometer en la vida alguna torpeza. Por mi parte, prefiero cometerla en un rato de buen humor, que cometerla en un momento de pesimismo. Y en los demás disculpo todo lo que se hace con alegría, porque la risa denota salud. No obstante, hay quien se molesta por la alegría de los demás.

El camarada Neandro no ha leído bien mi artículo, como no ha leído bien los versos de Virginia d'Andrea, que no están en latín, sino en italiano. Sin duda, el mal humor de que adolecía en aquel momento ha influido más en su juicio que lo que influyó en mí el pliegue profesional y por ello me supone una intención aviesa y me propina un palmetazo con diligencia y celo dignos de mejor causa.

Conozco dos clases de hombres: unos que, sin esperar la crítica de los demás, obran, y otros que esperan que los demás obren para criticarlos.

C N T, Madrid, 25 de julio de 1933.

EL MÉDICO, EL MAESTRO Y EL POLÍTICO

No es esta la primera vez que me ocupo de trazar el paralelismo existente entre estas tres funciones. Si es cierto que al político le falta la preparación técnica y la base cultural que tienen las otras dos profesiones diplomadas, lo es también que no les encuentra otra diferencia sustancial.

Las tres profesiones, respaldadas por conocimientos científicos de indudable utilidad humana, como son la Medicina, la Pedagogía y la Sociología, se nos muestran adocenadas y prostituidas en las personas del médico que comercia con las enfermedades, del maestro ocupado de imponer moldes mentales (creencias, hábitos y prejuicios) al niño, y del político charlatán, explotador de la estupidez humana, la más inagotable de las fuentes de riqueza.

La credulidad humana y el redentorismo hereditario están propicios a disculpar estas desviaciones que parecen obligadas, pues, así como no concibe que se pueda prescindir del médico en las enfermedades, ni del maestro en la instrucción primaria del niño, no le cabe en la cabeza que se pueda organizar una sociedad sin mediadores políticos, sin los hombres providenciales que tienen en su don de gentes la solución de todos los problemas colectivos. Los ojos esperanzados de estas gentes se vuelven siempre hacia el médico y el maestro, que hacen el honor a su profesión, y hacia el político sincero y honrado que no se malea en el uso del poder, ni defrauda las esperanzas de quienes lo encubren. Mas para el anarquista, las tres profesiones son recusables, aunque lo sea en mayor medida el político, por no precisar capacitación previa, de lo que están privados los demás. En tanto el hombre viva apartado de la Naturaleza

y rodeado de causas de enfermedad, tendrá necesidad del médico. Mientras sea preciso hacer al niño de un determinado modo, será preciso el educador. Y mientras haya que mantener encadenado al hombre en un especial régimen social, será imprescindible la mediación del político. Pero la salud no depende del médico, sino de nuestro fisiólogo. La individualidad no la forma el maestro, sino que es fruto de la autoeducación. Y el bienestar social no es fruto de los políticos, sino del equilibrio libremente establecido entre las voluntades y las necesidades de los concurrentes.

Los tres se adornan con plumas que no son suyas. Se atribuyen y se les atribuye propiedades y excelencias que no tienen. La causalidad y la coincidencia les hace aparecer como verdaderamente magos. No todo debe ser éxito y aciertos, cuando un precepto aconseja al médico moderación, diciéndole: «Lo primero, no dañar» (*Primum non nocere*). Y es que el médico, como el maestro y como el político, puede causar más estragos que aquellos que trata de evitar. No ya sólo en la práctica prostituida de estas profesiones, sino en lo más serio de las ciencias que las prestigian, se ha logrado mejorar lo espontáneo de la Naturaleza. Un enfermo se puede curar espontáneamente y el propio organismo logra recuperar su equilibrio alterado sin el médico, y hasta a pesar del médico. Ningún tratamiento logra superar los modos de curación natural. Nadie educa mejor que la experiencia de la vida, y la personalidad que se forma por sí misma nada tiene que envidiar de los procedimientos pedagógicos acreditados. Nadie guía mejor a los pueblos que, cuando libres de trabas, el mejor camino. Si no hemos superado a la Naturaleza, es racional y sabio buscar en la Naturaleza la clave de nuestra salud, de nuestra formación espiritual y de los modos de asociación y convivencia.

Incluso el objeto de que tratan estas ciencias, y al que se dirigen estas funciones, se identifica en la cualidad de responder de modo parecido a los estímulos. Nuestro organismo, el espíritu del niño y el de una colectividad humana, cuando son solicitados por un estímulo o sometidos a una cualquier influencia, pueden responder de tres modos: reaccionando contra el estímulo, obedeciendo a él o permaneciendo impasibles. Con un mismo influjo, y según sean los individuos o el estado en que los encontremos, podemos lo-

grar el efecto buscado, el efecto contrario al que buscamos, o ningún efecto.

Urge emanciparnos del político, porque su función es la menos precisa y su papel el más fácil de improvisar, y su intervención la más forzosa y molesta. El político es el que se beneficia más de la estupidez humana y el que ejerce mayor parasitismo. Nos corre prisa sacudírnoslo, porque es, además, el obstáculo más serio que encuentra el hombre en el camino de su emancipación. Pero si hemos de ser lógicos y consecuentes y llevar hasta el fin nuestras ideas, hemos de emanciparnos también del redentorismo médico y del redentorismo pedagógico, del único modo que ello es hacedero: acercándonos a la Naturaleza y procurando bastarnos a nosotros mismos.

C N T, Madrid, 26 de agosto de 1933.

SOBRE LA VASECTOMÍA

Requerido por Federica Montseny, en su contestación a Aristides Lapeyre, para dar mi opinión acerca del aspecto médico de la vasectomía, aprovecho gustoso la ocasión que se me brinda para exponer a los lectores de *La Revista Blanca* el concepto profesional que tengo de esa intervención de complacencia.

Pero antes quiero hacer constar mi sentimiento por el agrio tono de polémica personal en que se está debatiendo esta cuestión, y el respeto que me merece Lapeyre por su actividad en otros órdenes de la propaganda, especialmente por la persecución de que es víctima por parte de la justicia francesa, que, lejos de dar por liquidado el proceso de los esterilizadores de Burdeos, parece haber conseguido recientemente la extradición de Bartosek, que, como se recordará, intervino como cirujano y fué detenido en Bruselas.

La vasectomía es una operación esterilizadora muy poco mutilante, propuesta por la Medicina eugenista para impedir la reproducción de los tarados con una mala herencia. Aceptada con designio eugenético por algunos Estados, ha sido utilizada por Hitler para su campaña antisemita.

En Alemania, la operación es impuesta por un tribunal y practicada con la máxima eficacia esterilizadora, para lo cual, después de seccionar el conducto deferente, destruye por medio de un lavado los espermatozoides que pudiera haber en las vesículas seminales, y extirpan unos seis centímetros del conducto deferente, ligando los dos extremos que quedan libres. De este modo el testículo conserva su vitalidad, y, en virtud de una ley biológica, al suprimirse su función de secreción externa (espermatoformación), se refuerza

su secreción interna (hormonal), que es la que determina el vigor corporal y el impulso sexual. Fundándose en esta ley vicariante, Steinach propuso y practicó esta operación para combatir la hipertrofia de la próstata y como operación rejuvenecedora.

Esta operación no debe confundirse con la castración, como han hecho los policías y jueces de Burdeos, y como parece dar a entender Federica Montseny al emplear el símil del engorde del cerdo. Para favorecer el cebamiento de los animales productores de carne, lo que se hace es la castración, es decir, la extirpación de los testículos en los machos y de los ovarios en las hembras. El mismo resultado se consigue con la ligadura del cordón espermático, en el cual el conducto deferente es sólo uno de sus elementos, siendo los otros las arterias, venas y nervios que dan vida al testículo. La supresión de la función interna, reforzada en el caso de la vasectomía, es lo que favorece el engorde.

La vasectomía, así practicada, es irreparable, por lo menos prácticamente. Pero la operación que se practica con fines anticoncepcionales, y voluntariamente, no es la vasectomía propiamente dicha, sino la vasotomía. Lo que diferencia estos dos términos es la partícula *ec*, que significa extirpación total o parcial, y la partícula *o*, que indica sólo incisión o corte (*tomía*).

La operación esterilizadora que se efectuó en Burdeos, como la que se practica por análogos motivos, consiste en cortar el conducto deferente, bien entre dos ligaduras o ligando solamente el extremo distal, con lo cual los espermatozoides pueden seguir produciéndose en el testículo y vertiéndose en el tejido conjuntivo, donde serán absorbidos, autodigeridos por el propio sujeto.

La vasotomía es, por lo tanto, reparable, aunque la ligadura de los dos extremos cortados precisa mayor destreza en el operador y depende más de la forma como se opere la cicatrización, teniendo, por lo tanto, un margen mayor de fracasos operatorios. Pero aunque el éxito acompañara a la operación, el poder fecundante puede haberse perdido en el transcurso de los años cuando la vasotomía se hizo entre dos ligaduras, siendo la sección con una sola ligadura distal la que tiene más probabilidades de ser íntegramente reparada.

Cualquiera que sea la operación esterilizadora, el semen continúa produciéndose a expensas de las vesículas seminales y de la próstata, careciendo de células germinales y, por lo tanto, de poder fecundante.

Y ahora, no como médico, sino como partidario de la limitación reproductora, considero legítimo el derecho de cada uno a disponer de su propio cuerpo. Es un asunto el de la esterilización voluntaria completamente individual. En el proceso de Burdeos, estoy con los esterilizados deliberadamente, y en contra del Estado, que, en nombre de la repoblación, pisotea el derecho individual a la abstención reproductora.

Disculpo a quienes se esterilizan siguiendo la inclinación psicológica hacia el menor esfuerzo y por huir del ejercicio de voluntad perseverante que precisan los otros medios anticonceptivos, los cuales sigo propugnando al lado y enfrente de la vasectomía.

Creo exagerada la frase de G. Hard: «La vasectomía ganará el porvenir». La Cirugía sólo se afirma cuando fracasa la Medicina. Y el perfeccionamiento de los medios anticonceptivos fisiológicos arrinconará a la vasectomía.

Recientemente, en la publicación de Arman, *En-dehors*, ha aparecido un artículo de Pierre Ramus, defensor en Austria de la vasectomía, en el cual se ataca al método fisiológico de Knaus y Oguino, presentándolo como un engaño del clericalismo y de los gobiernos, como una maniobra contra la vasectomía. Es cierto que las ideas que invocaron Knaus y Oguino han sido rectificadas. Pero lo que no ha sido rectificado es el hecho de que en el ciclo menstrual de la mujer bien reglada hay días de esterilidad fisiológica. El hecho de la esterilidad fisiológica ha recibido nueva explicación, y Devraigne y Seguy, al mostrar la influencia que el tapón mucoso de la matriz tiene en el hecho de la fecundación, han dado nueva y más comprobable base científica al método.

La Revista Blanca, Barcelona, 27 de diciembre de 1935.

EUGENESIA Y EUTANASIA

Merece citarse, por su gran importancia, el Primer Curso Eugénico Español, celebrado con gran éxito el año último en la Facultad de Medicina de San Carlos, de Madrid, en el que cooperaron prestigiosas figuras académicas: Recaséns, Marañón, Sánchez Banús, Jiménez de Asúa, etc. El Gobierno español, menos tolerante con estas ideas que el inglés, justificó la prohibición con la siguiente nota oficiosa:

«Con motivo del llamado Primer Curso Eugénico, que viene dándose en el gran anfiteatro de la Facultad de Medicina de San Carlos, y al que asisten libremente oyentes de distintas edades, sexo y condición, varios conferenciantes han expuesto opiniones y conceptos demoledores de la familia y de los fundamentos sociales, y destructivos de la santidad del matrimonio y de la dignidad de la mujer, y aunque dichos temas, como la eugenésia y la eutanasia, por su acentuado materialismo, suelen ser peligrosos en sus discusiones, pueden estimarse lícitos en el orden científico y de controversia doctrinal, mientras se desarrolle entre hombres de ciencia y auditórios profesionales, pero no deben consentir los poderes públicos que se conviertan en propaganda materialista y de regodeo pornográfico, ni que sirvan de ofensa y de ataque contra el matrimonio cristiano ni los fundamentos éticos de la sociedad, con el consiguiente estrago para los jóvenes que escuchan tan perniciosos temas.

»Su Majestad el Rey se ha servido disponer se prohíba la celebración de nuevas conferencias relacionadas con el curso eugenético en locales oficiales ni públicos, autorizándose únicamente en academias o centros profesionales de carácter científico, sin otro auditorio que el que integre la propia corporación.»

Por la resonancia que llegó a tener, especialmente en el público médico, obligado a presenciar a diario lamentables espectáculos que sólo la eugénica puede evitar, es de esperar que el curso pueda reanudarse algún día con la máxima resonancia. A través de los especiosos argumentos justificativos de la prohibición, se nota la preocupación repobladora y el temor de que las clases prolíficas sientan la necesidad y aprendan a dejar de serlo. Sabido es que de las tres clases sociales más prolíficas, una lo es por virtud, la clase intelectual y media; otra por cálculo, la agrícola, ya que los hijos se convierten en braceros; y sólo la proletaria lo es a su pesar, por ignorancia. La primera tiene acceso a los conocimientos y medios anticoncepcionales, y si no los usa es por su moralidad o su inconsciencia. La segunda, no los usaría, aun conociéndolos, ya que, cuanto más numerosa la familia, es mayor la producción y el bienestar, y la última, sólo deja de emplearlos por ignorancia e incultura. De este modo el conocimiento neomaltusiano, tan del agrado de las clases elevadas, se quiere recatar a toda costa de la curiosidad del menesteroso, cuya abstención reproductora meraría considerablemente la carne de cañón y de explotación.

En las revistas médicas se debate con frecuencia el eugenismo, y aunque el acuerdo, como es de suponer, no reina entre los tratadistas, ello es bastante a patentizar la preocupación que despierta y la atención que se le consagra tanto por los partidarios como por sus impugnadores. Los trastornos genitales y psíquicos que llegan a producir ciertos procederes anticoncepcionales, como el tan prodigado de la «retirada a tiempo»; el que el vicio se escude en el neomaltusianismo, y que la deserción caprichosa del deber reproductor invoque razones eugénicas; y la excelsitud de la maternidad como sentimiento y acción, son los argumentos fundamentales que esgrimen contra el neomaltusianismo, sin el cual no es viable la maternidad consciente. El acto maternal, que no siempre es digno de ser cantado por los poetas, cobra a nuestros ojos su máxima excelsitud cuando es fruto maduro del albedrío humano: cuando han sido previstas sus consecuencias, para el organismo materno, para la familia, para el hijo, para la sociedad y hasta para la especie. Que se haga madre una tuberculosa o una cardí-

ca; que el alcohol haya mediado en la concepción; que nazca el hijo mal dotado para la vida; que venga a aumentar la penuria del hogar, las cargas de la sociedad o la degeneración de la especie es tanto como rebajar la maternidad a la categoría de acto lamentable, por no decir execrable.

En realidad, es difícil entenderse con esta clase de impugnadores, imperialistas, religiosos, moralistas, que frecuentemente tienen su conducta en pugna con las convicciones. Nunca he comprendido cómo estos cantores de la maternidad pueden ver con buenos ojos el celibato de sus clérigos, conciliando en un mismo salmo las dos antítesis.

* * *

La familia numerosa, en el pobre, es siempre un triste espectáculo: niños con cara de hambre, desnutridos, caníjitos, propensos a todas las enfermedades, que no pueden comer lo que necesitan, ni abrigarse lo debido, ni ver logrado el más elemental de los caprichos; el padre casi siempre ausente del hogar, guarda para él los malos humores y el genio agriado e irritable; y la madre, prematuramente envejecida, sólo habrá sacado de la vida una decepción amarga. El pequeño subsidio que el Estado les otorga, no creo que sirva para fomentarlas, ya que, deliberadamente, ningún pobre se cargaría de hijos a menos de hacer en ellos un negocio. El subsidio a las familias numerosas es una recompensa tardía que el imperialismo otorga a quienes contribuyen a fomentarlo.

Realmente, la familia numerosa tiene dos épocas distintas; en la primera, cuando aun los hijos no valen para nada, el hambre, las privaciones, los malos tratos, son sus acompañantes; pero los hijos llegan a crecer y, a menos que no levanten el vuelo al nacerles las alas, los padres se convierten en explotadores del sudor de los hijos, se llegan a juntar varios jornales y la prosperidad entra por las puertas. Es un relativo bienestar, bien efímero y bien a duras penas conseguido. Los cuerpos que en la edad de crecimiento y desarrollo no contaron con la nutrición debida, siempre persistirán atrasados, malogrados definitivamente. ¡La raza de los pobres es una triste realidad!

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
<i>Isaac Puente</i>	5
NUESTRO PROGRAMA	
Finalidad de la C. N. T. — El Comunismo libertario	15
Hacia la interpretación colectiva del Comunismo libertario.	42
Precisamos definirnos colectivamente	45
Ensayo programático del Comunismo libertario	48
Conceptos del Comunismo libertario	57
Gestando el Comunismo libertario	61
La reconstrucción económica	64
La manía ordenancista y el «buen criterio»	67
Ante la maniobra escisionista, mantengamos la integridad de los principios confederales	69
La voluntad de realizar es más importante que el programa	72
EL ESTADO	
Las dos interpretaciones fundamentales del socialismo	75
La aspiración a la libertad es el elemento corrosivo del Estado	77
La decadencia del Estado	87
Vamos contra el Estado	91
El enemigo es el Estado	95
El Estado os conquistará a vosotros	97
La ley	99
	104
LA POLÍTICA	
La mentalidad providencialista	107
Cantos de sirena	109
Las circunstancias cambian; los hombres perecen; las ideas permanecen	112
El pudriadero político. — Para muestra un botón	115
El fracaso de la domesticación	118
El rabiar de los políticos	120
Ante la agudización del mito electoral, abstención a toda costa	123
Ahora toca hablar a los abstenidos	125
Temas del momento. — Contra la política	127
Cómo debe ser nuestra revolución	129
La política emancipa del trabajo, pero no al trabajador.	131
	134

ORIENTACIÓN REVOLUCIONARIA	137
El anarquista en su papel	139
El trabajo agrícola en común	141
Como el aire puro, la libertad vigoriza	143
Por la integridad confederal	147
El fracaso del socialismo	149
Carta abierta a un «treintista»	151
El individuo, espontáneamente armonizado en la unidad social	155
«Alea jacta est»	158
Creeemos en la bondad humana	160
Crisis de distribución	163
Por la comprensión mutua	165
La uniformidad, prejuicio autoritario	168
Fascismo, igual a antifascismo	170
Emancipación del proletariado	172
Autoridad y rebeldía	175
¡Oh, la Ciencia!!	177
Exaltación de la libertad	180
Para los que vacilan	182
Sobre la pretendida maldad humana	185
La voluntad humana, como factor de evolución social	188
Respuesta a una encuesta	191
Las leyes naturales	194
CRÍTICA SOCIAL	197
Los bajos fondos de la miseria	199
La pobreza proverbial de España	203
El naturalismo en la medicina, en la educación y en la política	207
Atraso moral de las sociedades modernas	210
La gran farsa de la lucha antituberculosa	214
El tratamiento de la tuberculosis por el oro	217
MISCELÁNEA	221
El factor psicológico o emocional	223
Decir la verdad es un delito	225
Llamadas al sentimiento	227
Presos y parados	229
Acordémonos de los que están entre rejas	231
También en Burgos. — Se pide cadena perpetua para catorce compañeros	233
Un caso ejemplar de justicia burocrática	235
El ruido de las bombas de Igualada	238
Vitoria. — ¿Embrollo policiaco?	239
¡Usted debe ser sólo médico!	241
Sobre el pliegue profesional. — Contestando al camarada Neandro	243
El médico, el maestro y el político	245
Sobre la vasectomía	248
Eugenios y eutanasia	251